
LITERATURA ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA

José Neira Rodas



autores
cómplices
y encubridores
SOCIEDAD EDITORIAL

en el umbral

JOSÉ NEIRA RODAS

en
el
umbral



autores
cómplices
y encubridores
SOCIEDAD EDITORIAL

EN EL UMBRAL cuentos por José Neira Rodas.

© José Neira Rodas

Portada: Janos

Primera edición, 1987
en la colección «Libros para el pueblo»
de la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
«Benjamín Carrión»

Segunda edición, 2009
LITERATURA ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA
autores
cómplices
y encubridores
SOCIEDAD EDITORIAL

Instituto Ecuatoriano de la Propiedad Intelectual IEPI
Dirección Nacional de Derecho de Autor y Derechos Conexos
Certificado de registro N° 028618

Comentarios a: hermanoescriba@yahoo.com

IMPRESO EN EL ECUADOR

A.D. MMIX

A Vivian, mi mujer.

A mis amigos Jean-Jacques y Marco Bautista.

“... Cuando pienso que la tarea que el artista se asigna implícitamente es la de derrocar los valores existentes, convertir el caos que lo rodea en un orden propio, sembrar rivalidad y fermento, para que, mediante la liberación emocional, los que están muertos puedan ser devueltos a la vida, entonces es cuando corro gozoso hacia los grandes e imperfectos, su confusión me alimenta, su tartamudez es música para mis oídos. Veo en las páginas bellamente ampulosas que siguen a las interrupciones, las tachaduras de las intrusiones mezquinas, de las sucias pisadas, por decirlo así, de los cobardes, mentirosos, vándalos, calumniadores. Veo en los músculos hinchados de sus líricas gargantas el asombroso esfuerzo que hay que realizar para hacer girar la rueda, para reanudar el paso donde te has detenido. Veo que, tras las molestias e intrusiones diarias, la vil y reluciente malicia de los débiles y los inertes, se encuentran el símbolo del poder frustrante de la vida, y que quien quiera crear orden, quien desee sembrar rivalidad y desacuerdo, porque esté imbuido de voluntad, ese hombre ha de ir a parar una y otra vez a la hoguera y a la horca. Veo que, tras la nobleza de sus gestos, se oculta el espectro de la ridiculez de todo ello... que no sólo es sublime sino también ridículo”.

HENRY MILLER

UNO

EL SOLITARIO

Sintió vértigo cuando la trompeta inundó el ambiente con su profundo sonido. Se abandonó a la música, esa catedral sonora de melodías entrecruzadas y obsesionantes. Vibró con horror cuando los violines establecieron su dominio, mientras la trompeta se perdía brevemente para volver con más fuerza.

Cuando todo terminó, respiró con deleite. No tenía nada que hacer, no tenía compromisos con nadie.

Bebió con serenidad un trago de licor al tiempo que percibía las volutas de humo, misteriosas y tenues, que se elevaban desde su oscura pipa de ébano.

Quiso que el instante se eternizara, pero luego, voluble y antojadizo, se levantó bruscamente y recorrió su pequeño dominio, su cripta cálida e íntima.

El aparato de música, especie de ídolo electrónico, ocupaba un lugar principal. Los cuadros de un pintor alucinado rompían la blancura de las irregulares paredes. De la chimenea se desprendía un calor oloroso a pino.

Deseo sentir felicidad pero sólo obtuvo la abulia del satisfecho, del ser que no tiene el suficiente valor para enfrentarse con la vida, con la incomodidad o el dolor.

Gozaba únicamente con la magia de la imagen, de las apariciones. Los demás, el resto del mundo, eran fantasmas molestos que debían ser olvidados.

Tenía todo allí: paz, licor, libros. Habría querido que afuera estuviese lloviendo para sentirse más confortable todavía en su refugio.

Se detuvo, se sentó. Con languidez volcó su mirada en el cristal que reflejaba la opaca luz del aposento y se adormeció.

Cuando abrió nuevamente los ojos, vio a la muerte, negra, terrible, aterradora, en el umbral...

HALLAZGO E INTERPRETACIÓN

En el archivo histórico de la ciudad de Morán encontré un antiguo manuscrito hecho por un cronista español de inicios de la colonia, un tal Mateo Coronado. He tratado de averiguar acerca de la obra de este cronista, pero nada he encontrado.

No es él, sin embargo, quién me interesa, sino la transcripción de unas frases recogidas en el asentamiento indígena de Huilco en 1582, según se infiere del documento.

Todo rastro de Huilco ha desaparecido, pero mis investigaciones me han llevado a suponer que el lugar estaba ubicado en lo que ahora es la localidad de Santa Cruz de Huilcón. Es posible que me equivoque, sin embargo el parecido de las toponimias y algunos otros aspectos me alientan a creer que estoy en lo cierto.

Santa Cruz es una pequeña ciudad situada en un valle relativamente amplio. Su clima es más bien templado; tiene reducidas zonas de cultivo en sus alrededores en las que se dan frutales y caña de azúcar. Está cerca de una región semidesértica en donde crecen pencos y otras plantas que no requieren de mucha agua para sobrevivir.

Allá fui buscando informaciones que me ayudaran a comprender el significado de las frases recogidas por Mateo Coronado.

Tuve muchas dificultades para acceder a los archivos municipales y todo fue en vano. Los más antiguos documentos databan de

1734 y trataban sólo sobre asuntos internos de la municipalidad de Santa Cruz.

Llevo cerca de tres años estudiando las lenguas quichua, aymara y algunos dialectos lingüísticamente cercanos y a ninguno de ellos corresponde el lenguaje en el que están las frases. Traté de relacionarlo con lenguas poco conocidas de culturas pre-incásicas como Callahuaya, Llipi, Yanpará, pero no encuentro nexos sólidos entre uno y otras. Además el entorno geográfico del asentamiento descrito por el cronista no coincide con los asientos de estas culturas.

Me interesé especialmente por la cultura Huicu, pero ésta se desarrolló en la región costanera y Huilco, según Coronado, era una comunidad serrana.

Sin otro recurso, tengo que relacionar esta misteriosa lengua con el quichua, con el que tiene un parecido fonético apreciable.

Esta lengua era aspirada. Mis suposiciones se basan en que el transcriptor utiliza frecuentemente la grafía “h” en lugar de la “g” que evoca un sonido más rotundo. El problema más grave que se me ha presentado es que los significados de esta lengua desconocida no coinciden con el de las palabras quichuas y mis tortuosas aproximaciones no tienen sentido.

Tal vez el idioma de esta desaparecida comunidad se perdió por la costumbre que tenían los incas de imponer su lengua a donde fueran.

Una sola palabra está en quichua. La palabra es “Iaupurímac” (Apurímac) que significa: “el que habla como capitán” o “gran señor que habla” y, aunque no es un nombre propio, sin duda se refiere a alguien en particular.

Tengo ante mis ojos el manuscrito original que sustraje del archivo histórico de Morán.

Después de varias formalidades, el título, el nombre del autor, las referencias de rigor a sus majestades, los reyes de España, el año del Señor, etc., vienen observaciones sin mayor precisión sobre el lugar de la crónica; sigue con los hábitos alimenticios, el vestido y un esbozo de las costumbres de los habitantes de Huilco. Luego, sin variar casi de tono, Mateo Coronado dice: “...entre ellos e oyido qe

unos natiuos biexos non cesan de cantar una qe es como xaculatoria e qe entonan mui rapdamente en dibersos altibaxos de vox. nai huiqín Iaupurímac. nai chu anicha uminu tupicu. hui huita (ilegible en el texto) man machi. Satucu. Satucu. nai huiqín Iaupurímac. nai usallo. nai huiqín...”.

Espero que el cronista haya sido relativamente fiel en su rudimentaria transcripción. Se observará que los sonidos “e” y “o” no aparecen en el texto, excepto en la palabra “usallo”, pero yo lo atribuyo a que Coronado no logró escuchar bien. La palabra debe haber sido “usallu”, aunque esto en realidad no tiene importancia.

Lo único de lo que dispongo es de este manuscrito: unas frases ininteligibles para desentrañar quién sabe qué misterio. ¿Quién sería ese extraño Iaupurímac? ¿Sería dios u hombre?

Miles de ideas han surgido en mi mente, miles de hipótesis. ¿Sería una invocación del pueblo para tener buenas cosechas? No lo creo. Más bien parece un aviso intimidatorio desesperado, una advertencia: “no vengas Iaupurímac”.

Iaupurímac, guerrero invasor, atacó a los primitivos habitantes de Huilco y ellos, pobres ilusos, trataron de disuadirlo con endebles amenazas, intentaron detenerlo con palabras, “nai chu anicha uminu tupico” y el guerrero, invencible, llegaría con sus tropas a la aldea. “Satucu. Satucu” y él no haría caso, no se detendría, no temería las fórmulas rituales destinadas a aplacar su cólera.

Los pobladores de Huilco serían lanceados o degollados por las hachas de los atacantes que quemarían las chozas, espantarían a los animales, arrasarían los sembríos. Y los invadidos, aterrados, inermes, seguirían recitando “nai huiqín Iaupurímac”.

El miedo, la ansiedad de los sometidos, quedarían en el recuerdo y en las voces torpes de sus descendientes y eso llegó a Mateo Coronado que no supo o no quiso interpretarlo. Yo lo intento ahora.

AQUÍ SOY FELIZ

Esta pequeña porción de la costa se hunde como un cuchillo en el mar. La gente de aquí se ha dado cuenta y le ha puesto de nombre Punta del Mar.

Está rico el solcito. No me preocupa que esté a no sé cuántos millones de kilómetros de la Tierra. Total, los rayos llegan hasta acá y son una maravilla. El agua del mar también está rica, tibiecita.

Estoy casi todo yo aquí. Para estar completo me faltan la mano que me cortaron y algunos dientes. El pelo que me arrancaron ha vuelto a crecer.

Algunas gaviotas vuelan y lanzan chillidos; otras, las que están en la playa, parece que estuvieran conversando mientras comen en la arena. Es linda esta arena, blanca, de grano fino. Todo por aquí es de color claro. Este mar, por ejemplo, debe ser el más celeste del mundo.

Punta del Mar está completamente aislada. Acá no llega la civilización. El camino más cercano termina en Linda Mercedes, una aldea que debe estar a unos treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Si se viene es a lomo de burro o a pie. Yo vine a pie y tengo la esperanza de que nadie me encuentre.

El muñón de mi brazo va perdiendo el color rosado que tenía; ahora, con el sol, se está tostado como todo yo.

Mi mayor fortuna es un abrelatas que sirve además para destapar las cervezas. Mis amigos, los pescadores, me piden mi instrumento, que es parte de mi personalidad, para abrir las tapas sin

romper los picos de las botellas y para abrir las conservas o las latas de atún que a veces traen de los pueblos cercanos. Yo les pregunté un día que por qué compraban atún en lata teniendo el que ellos pescan. El sabor es distinto, dicen, y no hay que estarle quitando los huesos ni preparándole.

En Punta del Mar no hay gente joven. Los jóvenes se han ido porque piensan que aquí no hay nada que hacer, que no hay futuro. Yo pienso diferente, para mí este es el mejor lugar del universo. Además nadie sabe en dónde estoy. Me preocupa un poco que los vecinos pidan al gobierno que les construya una carretera, pero antes de que consigan algo, si es que consiguen algo, pasará mucho tiempo y yo seré para entonces otro hombre.

Yo fui rebelde, de los que pelearon junto al comandante Ángel Córdor. Me uní al comando justo después de terminar el tercer año de medicina. Cerca de un año estuve peleando con los rebeldes hasta que nos agarraron en Zamorilla. Bombardearon el pueblo en el que estábamos y a los que quedamos vivos nos cogieron prisioneros.

Estuve en una cárcel sin nombre. Allí me cortaron la mano porque le pegué al carcelero que nos torturaba. ¡Qué cojudo que fui!

Es un dolor tremendo el que se siente cuando a uno le cortan la mano. Sé que estuve como quince días entre la vida y la muerte. Perdí bastantísima sangre. Pensaron que me iba a morir, pero no, aquí estoy, tranquilo, sentado en la playa más escondida del mundo, en Punta del Mar de donde todos se van y a la que nadie viene.

Soy feliz. Nadie me ha de venir a buscar. A lo mejor ni se acuerdan de mí. Tengo miedo porque matamos a un guardia cuando nos escapamos de la cárcel y eso no me puedo olvidar. Sigo con miedo, pero el tiempo pasa y creo que algún día he de dejar de pensar en lo que pasó.

No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Mis ideas son las mismas, aunque ahora tengo pocos deseos: que siga haciendo sol; que el agua me moje el cuerpo; que los amigos pescadores, que me dicen “el mutito”, con cariño, me sigan regalando el pescado que les sobra y la fruta que se pudre porque no se vende porque no hay carretera.

Soy feliz, me faltan la mano y algunos dientes, pero soy feliz. Quiero que el tiempo pase despacito y, a la hora de la muerte, morirme sin dolor. Palabra, sólo eso quiero.

LOS EXTRANJEROS

Se trata de dos hermanos que huyeron de la guerra. Habían visto increíbles escenas de muerte y desolación y el terror los impulsó a irse lejos, a un lugar perdido y totalmente ajeno a su civilización.

Se embarcaron en un vapor que los llevó al otro mundo en donde, se decía, existían enormes extensiones deshabitadas.

Cuando llegaron, después de un viaje lleno de sobresaltos, pudieron, con el poco dinero que les quedaba, comprar una ruinosa cabaña en un campo infinito.

Eran hermanos y habían vivido siempre juntos. La huida los había unido aun más. Ella era mayor que él. Era alta, bella, de cuerpo exuberante.

Trabajaban tratando de aturdirse, esperando perder la conciencia. La hermana hacía las labores de la casa. El hermano curtía pieles con gran habilidad y las vendía bien, lo que les permitió muy pronto adecentar la cabaña y comprar algunos animales.

Pero llegaba la noche y con la noche el deseo. Ella respiraba hondamente y su hermano miraba al tumbado esperando el sueño.

Una noche el hombre ya no pudo dormir. Se acercó lentamente al lecho donde ella lo esperaba. No fueron necesarias las palabras. Se acostaron juntos, se unieron sin remordimientos y vivieron el instante tan largamente esperado.

Muchos años pasaron en ese perdido rincón del mundo. El curtidor era reservado y sólo iba al pueblo más cercano a traer pro-

visiones. Su mujer se ocupaba del trabajo doméstico y el cuidado de dos pequeños hijos, un niño y una niña, que alborotaban la propiedad.

Todo marchaba lento y repetido hasta que llegó el día fatal. Asomó un forastero por el pueblo y los lugareños, viéndolo alto y barbudo, le preguntaron por su procedencia. El hombre toscamente les refirió su vida y andanzas. Un viejo le hizo saber que había otros como él en la llanura. El forastero se acomodó la carga en la espalda y partió en busca de sus posibles compatriotas.

Desde la cabaña el curtidor y sus hijos vieron a un hombre acercarse a grandes pasos. El curtidor salió a ver de quién se trataba y se detuvo aterrado. El extraño lo saludó por su nombre con gran alegría. En ese instante los dos hombres escucharon un alarido terrible. Era la mujer. Intensos recuerdos de viejas prohibiciones, de viejos castigos eternos atormentaron su espíritu y, desesperada, huyó por la llanura.

En el umbral de una descuidada cabaña un hombre envejecido y desmesuradamente barbado murmura nostálgicamente. En el interior un muchacho y una muchacha se acarician y sonríen ajenos al mundo.

EL ANÓNIMO

Durante unos días pude burlarme del hombre. Él era periodista, escribía artículos contra el gobierno.

Yo lo odiaba. En el Murallón, el restaurante en el que nos reuníamos, se ufanaba de ser el único hombre HOMBRE que se atrevía a criticar la situación política. –Los demás– decía, –son unos maricones.

Sé que se refería a mí, que también soy periodista.

Le mandé un anónimo amenazante. Le decía que el Escuadrón ya lo tenía fichado, que su captura era cosa segura.

Lo vi transfigurarse, envejeció en un brevísimo lapso. Sentí lástima y decidí confiarle a uno de mis colegas lo que había hecho. Mi amigo me dijo que era lo mejor que se me había ocurrido en la vida. –Así ha de aprender ese atrevido– comentó con rencor.

Sin embargo no pude con el remordimiento. El hombre, insolente y todo, tenía familia que sin duda estaría angustiada. Lo llamé por teléfono para contarle mi broma y pedirle disculpas. La voz tonante y agresiva de un desconocido me contestó que no estaba.

Preocupado, fui a su casa. Al llegar vi que un grupo de hombres armados lo arrastraban hacia un camión. Oí los gritos de su mujer, presencié el espanto de sus hijos.

No pude soportar ese espectáculo. Huí.

Sé que no hay relación entre lo que hice y lo que sucedió. Aquello se veía venir, el hombre se arriesgaba demasiado. Sin embargo siento gran ansiedad y culpa como si yo hubiera desatado los acontecimientos.

Hay algo que no me deja dormir: recibí un anónimo amenazante.

AGONÍA Y DESPUÉS

Rodamos velozmente por el asfalto. Lluve. Tú y yo, como siempre, estamos discutiendo. Cruzamos por el valle, vemos emerger, de trecho en trecho, bosques de eucalipto.

Me dices que en estas tierras vivieron tus abuelos. Te cuento de tu origen francés y ríes con desdén quitándole importancia a mi comentario.

Seguimos; subimos ahora por una inclinada pendiente que conduce a un montículo en el que se elevan, solitarios, cuatro obeliscos. Nos detenemos al pie de una descuidada escalinata en la que crecen la hiedra y la maleza. Descendemos al helado exterior. El viento nos hace tiritar.

Subimos por los desiguales escalones hasta la base de los obeliscos. Te adelantas; te veo ascender grácil y felina; observo el especial contoneo de tu estilizado cuerpo.

Es la primera vez que estamos completamente solos. En la desolada llanura no hay nadie, sólo nos rodea el cúmulo vegetal de los pinos y los cipreses que recortan sus oscuras siluetas contra el cielo del atardecer.

Me acerco a ti temblando de frío y de miedo. Pareces indiferente; antes nunca me dejaste arañar siquiera tu muralla, resististe a mi obsesionante asedio, sólo supiste negarte, pero ahora te he robado, te he tendido una trampa, aunque siento que no soy yo el cazador.

Te tomo por primera vez de la cintura y mi cuerpo, al contacto con el tuyo, desconocido pero ansiado, siente la perfecta armonía

con la que nos unimos. Rozo tu piel tibia y me dices que no estás aquí, que nada de lo que pasa está pasando; nunca seremos nosotros.

Insisto en mis caricias, ya inevitables, y cedés. No puedo concebir que he roto tus defensas. Tomas mi cara con tus manos y miras con fijeza mis ojos abriendo los tuyos, enormes, grises, escrutadores. Me asusto, prefiero no verte, prefiero que recuestes tu cabeza sobre mi hombro, sentir de nuevo tu piel suavita, apretar tus manos largas y delicadas, percibir el tenue aroma que exhalas.

Anochece. El viento insistente ha revuelto tu intrincado pelo. Te tomo de la mano y te llevo de regreso al oscuro vehículo que nos ha traído. Entramos a la acogedora calidez del interior.

Estás arrepentida de haber compartido la intimidad conmigo. No me niegas el que te toque, pero ya no respondes. Me abandonas. Quiero que regreses a mí, te beso, te abrazo, te ruego. Es inútil; nunca mis ruegos o mis amenazas han servido.

Enciendo el motor y se rompe la magia de lo acabado de vivir. Dirijo el aparato hacia el camino principal. Estamos silenciosos; cada vez que quiero decir algo me lo impide tu actitud fría de mujer de piedra y cristal.

De repente, tu voz suena extraviada de nostalgia. Hablas de tu abuelo, lo recuerdas dorado al fuego del horno en el que prepara un pan doméstico y especial para ti. Te llama con un delicado nombre de ave y tú fijas la mirada, ansiosa, en sus manos sin arrugas de abuelo joven que te entregan el esperado regalo. Sus ojos marinos brillan de placer al sentir tu gratitud.

Te oigo asombrado porque sé que no hablas conmigo. Estás contándote tu vida; dices que el viernes es un día de lluvia y que regresas corriendo de la escuela. Estás empapada. El torrente baja veloz por las calles desde las alturas. Tu madre te cambia de ropa y te da de comer pastas. Estás tranquila por la ropa seca que te calienta y por el crujido alegre de las pastas.

Evocas con dolor, casi llorando, tu niñez feliz de niña pobre; las cometas, las bolas, los trompos.

Los vidrios del carro se empañan. Nuevamente arrecia la tempestad. Conduzco con cuidado porque las luces apenas iluminan el camino.

Se oye el tronar de la tierra que se mueve y vemos, con espanto, que la montaña se derrumba. Caen piedras, cae lodo. Trato de esquivar la arremetida de la avalancha que se desliza y pierdo el control. El automóvil se sale de la carretera y se despeña y rueda. Sentimos el pánico que precede a la muerte; se nos hace un vacío en el estómago, vértigos, mareos, golpes.

El aparato va a dar en el lecho del río lodoso y crecido. Estamos atrapados, no podemos salir. Las latas retorcidas te impiden mover una de las piernas; pedazos de vidrio han lastimado tus brazos. Mi cuerpo está atravesado por la barra de la dirección del automóvil. Me desangro, no puedo moverme. Mi columna vertebral debe estar rota.

El agua anega el interior de nuestro común ataúd y quisiera creer que es un líquido protector y uterino, pero no puedo. El agua está sucia y helada.

Te acercas a besarme y sientes en tu boca el sabor salado de la sangre.

Susurro a tu oído que te quiero, digo que en otras circunstancias habría sido diferente nuestra vida. Te digo que hay un tiempo para querer y otro para morir y que es un privilegio morirme queriendo.

Compartimos lo último, la terrible solidaridad de los condenados. Te recuerdo que alguna me dijiste que quisieras estar consciente a la hora de la muerte porque es el límite, el último misterio. Te dije, equivocadamente, que la muerte es un proceso más largo, que la vida no sólo es nuestra, es también de otros y debemos morir en los demás para estar muertos... En realidad cuando morimos se acaba todo.

Voy consumiéndome, mis labios exangües, mi rostro afilado tienen la lividez de la agonía. Repito tu nombre con menos fuerza. Voy muriéndome, muero, estoy muerto.

Tú ves mi cuerpo yerto y mis ojos cerrados, ves mi pelo mojado caer sobre mi cráneo y quisieras llorar pero no lo consigues y no lo consigues porque no sabes cómo.

Ya nadie entrará en tu intimidad secreta. Esperas a la muerte con tremenda impaciencia y recuerdas y meditas y piensas: no tienes

nada mío, ninguna de mis cosas, las cosas cotidianas que explican a la gente.

Me has perdido y te he perdido. Estás aquí junto a los restos del hombre que pudiste haber amado. Mi cuerpo, ahora cubierto de astromelias y plantas silvestres arrastradas por el río, se descompone a tu lado en la jaula ominosa que te mantiene presa.

Desfalleces, la humedad te atormenta. Quieres dormir en la noche interminable, esperando despertar en tu cama con todo ya olvidado, yo, mi amor y otras cosas inútiles.

Despiertas y el día claro te hace comprender tu amargo desamparo. Nada... no pasa nada... la eternidad debe ser una terrible espera.

Después del infinito oyes, incrédula, sonidos. Hay gente que viene apresurada. Rompen los restos del despedazado aparato. Separan los aplastados hierros con fuertes palancas. Tensos cables tiran pescando ese pez absurdo.

Alguien cubre tus hombros con una manta, alguien te da de beber un líquido ardiente.

Sacan mi cuerpo destrozado y me tienden sobre una camilla; cubren mi cara y dos hombres me llevan.

Tus ojos miran a los de los curiosos y no reconoces a nadie. Te dejas conducir, caminas sin voluntad.

Pienso que cuando mueras no vas a estar consciente de tu muerte.

DOS

FAMA

Saluda con corrección. Pregunta, le responden. Solicita, le autorizan. Un guardia lo guía por los corredores de la cárcel. Las puertas se abren y se cierran con rechinante estrépito. Las celdas son cubículos infectos en los que se hacinan decenas de hombres.

El guardia se detiene en el pabellón de máxima seguridad, abre la puerta de una celda y hace un ademán.

El periodista entra nerviosamente y saluda: –Muy buenos días. ¿El señor Genaro Vimos?

Una vocecita responde: –El mismo.

El periodista está sorprendido. No esperaba que el peligroso asesino tuviera un aspecto tan frágil. Las fotografías que ha visto en los diarios no parecen ser las del hombre que tiene frente a sí. El prisionero es delgadísimo, parece tener como máximo dieciocho años. Usa gruesos lentes que le dan el aspecto de un acucioso estudiante.

–Señor Vimos, mi nombre es Walter Izquierdo Franco. Soy reportero de Diario Nacional. Desearía que me conceda usted una entrevista.

El prisionero escruta con sus tontos ojos la bigotuda figura del periodista, su frente amplia y arrugada, su traje deportivo, llamativo, y sonrío: –Pregunte nomás.

–Según mis informaciones usted laboraba en la Embotelladora Austral.

Genaro Vimos asiente.

–Tenemos entendido– continuó el periodista –que trabajaba en la sección que embotellaba el producto Gaseosa Primavera.

–Sí.

–Ajá, muy bien. ¿Cómo entró a laborar en la empresa?

–O sea que mi tío, que era amigo del jefe de personal, me consiguió.

–Bien. ¿Tiene antecedentes delictivos?

–¿Cómo dice?

–Digo si usted ha tenido anteriormente problemas con la ley.

–No, primera vez.

–Podríamos preguntarle ¿por qué puso veneno en las gaseosas?

El prisionero se encogió de hombros: –No sé.

–¿No tuvo ningún motivo?

–En otras partes también han puesto. En los Estados Unidos, ya ve, en el Japón también.

–En esos casos se trataba de chantajear a las grandes empresas. Yo pretendo ser objetivo y no tendencioso. Dígame, ¿tenía usted la intención de perjudicar a la empresa en la cual laboraba?

–No, ya le digo. Puse el veneno porque era fácil poner.

El periodista contuvo un gesto de impaciencia. Se rascó la cabeza y pensó unos instantes antes de anotar las últimas palabras del detenido en una libreta. –Justo ahora me olvido de la grabadora– comentó con fastidio. –Okey, señor Vimos, ¿a qué nivel de instrucción ha llegado?

–O sea ¿a qué curso?

–Efectivamente.

–A cuarto curso de colegio.

–¿Por qué no continuó estudiando?

–Porque no me gustaba estudiar.

–Caramba, yo pensé que estudiaba en la Facultad de Química, digo, por lo del veneno.

–No, no me gusta estudiar.

–Parece una persona más o menos tranquila usted. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¿No tiene remordimientos de conciencia?

–No, no tengo. Yo no sabía quién se iba a morir.

Alterado, el periodista miró al insignificante prisionero. –¿Te has puesto a pensar que podías haber matado a alguien de tu propia familia?

–A ellos no les pasó nada.

–Ya sé, ya sé. Era sólo una suposición. ¡Qué absurdo! ¿Por qué? ¿Por qué y para qué poner veneno en un producto de consumo masivo?

–¿Sabe por qué? ¿Quiere mismo saber? A mí nunca me han tomado en cuenta. Y ahora, siquiera con esto se van a enterar de lo que he hecho. Todos me van a conocer, ya sabe. Salí en el periódico y dice que en las revistas también voy a salir.

–¿Nada más por eso, desgraciado? Eso no vale nada. Al día siguiente nadie se acuerda.

–Sí vale. La gente anda con miedo.

–¿Eso querías mamarracho? ¿Por eso matas gente inocente?

–Oiga, no se caliente.

–¡Cómo no me voy a calentar, pues, bestia! ¡Carajo! si la gente de este tiempo no tiene remedio.

–¿Y a usted qué le importa?

–¿Qué? ¡Animal! A uno le importa la gente que muere por causa de cualquier degenerado.

–Usted se hubiera tomado la cola– masculló el prisionero.

Sin poderse contener, Walter Izquierdo Franco se abalanzó sobre su entrevistado y, tomándolo del cuello, comenzó a estrangularlo. Genaro Vimos se retorció, sacaba la lengua, emitía glugluteantes quejidos. El periodista, presa de un furor intensísimo, apretó con más ganas el cuello del repulsivo ser, amoratado por la falta de aire.

Dos carceleros entraron a la celda y lograron que el periodista soltara a su víctima, pero Genaro Vimos ya estaba muerto.

Custodiado por los guardias, Walter Izquierdo Franco es conducido ante las autoridades.

“...PERIODISTA MATÓ A ENVENENADOR... SE TOMÓ LA JUSTICIA POR SUS PROPIAS MANOS... MUERTE EN LA PRISIÓN...” ...eso van a decir, no me van a echar el muerto, saben que yo les libré del peligro... “...EN UN RAPTO DE CÓLERA,

DISTINGUIDO HOMBRE DE PRENSA ULTIMA A PELIGROSO
ASESINO COLECTIVO...” ...van a publicar mi foto en todos los
periódicos, quién sabe si hasta salgo en las revistas internacionales.
He de aparecer en la televisión. Han de mandar cables a las agencias
de prensa mundiales. Me van a conocer en el extranjero, voy a ser
noticia... voy a ser famoso...

LA AMANTE IDEAL

Las noches de borrachera son siempre un enigma. Uno nunca sabe en lo que van a terminar. A veces el aburrimiento abrumba hasta tal punto, la gente se porta tan sosa, que todo se vuelve cansado. El mismo alcohol incita al sueño. Otras veces el sentimentalismo barato, la cursilería vacua, se apoderan de las personas haciéndolas decir mentiras vergonzosas, repartir abrazos, besos y falsas promesas de amor o fidelidad. Se canta, se llora... Nunca faltan, así mismo, los ocurridos que, con los sentidos exacerbados, cometen cualquier salvajada, descargando sus atávicos instintos de cavernarios sobre cualquier objeto, animado o inerte.

Hay otras muchas posibilidades; son casi infinitas, y si hago estas consideraciones generales es porque muy pocas veces se dan borracheras lo suficientemente memorables como para recordarlas con inevitable nostalgia y querer que se repitan mágicamente, sintiendo la misma pasión que se sintió en el momento en que se producían.

La vida tiene grandes momentos de intensidad que son, generalmente, goces físicos, diversiones o peligros: todo signado por la acción. Sin embargo creo que se disfruta de una peculiar manera con la mente razonante, con menos intensidad, es posible, pero con un placer espirituoso, digo, espiritual, único.

No seguiré tratando de explicar todo esto. Lo anoto sólo como preámbulo para justificar lo que voy a contar.

Caminaba por la calle con cierto apuro cuando un sujeto calvo, con la cabeza plana y ropa excesivamente vistosa, me detuvo. Me costó trabajo reconocerlo. Las arrugas y el agotamiento habían transformado una cara regordeta en una bolsa flácida.

—¡Eduardo! Qué coincidencia. Justamente te andaba buscando.

Me sentí incómodo: recordaba la cara pero no el nombre del hombre que tenía frente a mí. Sonreí falazmente y le pregunté cuál era el motivo de su búsqueda.

—Estamos organizando una reunión, un encuentro con los compañeros de la escuela y quisiéramos nosotros contar con tu presencia.

Se entremezcla en ese “nosotros” tan neutro, pensé. El hombre siguió hablando: —Hay que dar una cuota.

—Muy bien— acepté. —Me dices cuánto es y listo.

Me pidió una cantidad apreciable y, como para justificarse, dijo: —Pero ya está incluido todo. Va a haber bastante comida.

—Perfecto. ¿Dónde es la cosa?

—Nos vamos a reunir en la misma escuela para que sea más significativo. Es este sábado, no te olvides.

Pronunció “significativo” de una manera tal que me hizo estremecer por la sensación de ridículo.

Nos despedimos efusivamente contra mi voluntad. En cuanto se fue decidí no pensar más en el asunto, simplemente no iría. Pero el destino humano es excepcionalmente insólito; el día señalado para la reunión, en el que yo me imaginé pasar con la mi familia, me encontré solo. Todos habían salido: mi mujer, mis hijos, mi madre. Medité cómicamente acerca de la soledad y pensé en lo difícil que es estar vivo. De pronto recordé el encuentro con los compañeros. No dudé mucho, me afeité, me vestí y salí a la calle dispuesto a enfrentarme con aquellos seres que ya no eran lo que fueron cuando los conocí.

Lloviznaba tontamente cuando llegué al viejo patio de mi escuela. A pesar de estar preparado psicológicamente, no sentí ninguna nostalgia. Miré con indiferencia, casi con fastidio, los ruinosos portales y la basura acumulada en el lugar. Repentinamente oí una voz: —¡Ya viene el “Loco”!

Gritos y silbidos profirieron aquellos desconocidos. Reían exageradamente. Me rodearon, me dieron palmadas en la espalda, me invitaron a beber algo insanamente ardiente.

–Llegas tarde– me dijo uno de ellos sonriendo con lo que él creía picardía. –Nos corrieron lista y te pusieron falta.

Asentí meneando la cabeza, tratando de ser cordial.

–¿Y “Loco”?– me preguntó un sujeto grasiento. –¿En qué andas? ¿Sigues trabajando en la capital?

–No, regresé hace más de ocho años.

–¿Ocho años una gran puta? No ha de ser. No te he visto.

–Yo sí le he visto– dijo alguien con resentimiento; –pero a mí no me saluda en la calle.

–Sinceramente no te reconozco– me disculpé.

–¿Qué se va a acordar, doctor?– me dijo. –Del pobre nadie se acuerda.

Un impulso homicida contra el negruzco ser erizado de cerdas que me reclamó, haciéndose la víctima, me hizo temblar, pero alcancé a disimularlo.

–¿Cómo va la cosa?– pregunté sin entusiasmo.

–Una maravilla– respondió el grasiento. –Más tarde vamos a jugar fútbol y a las prendas y otros juegos– continuó mientras guiñaba alternativamente los ojos.

Jugaron, corrieron, bebieron, compitieron para ver quién escupía más lejos. Volví a sentir mi odiosa infancia, los maltratos, la temible y permanente presencia de la religión, el odio por los compañeros mayores grandes y fuertes, dictadores circunstanciales que me avasallaron y me denigraron.

Observé las actuales caras, las calvicies, los dientes rotos, las ropas gastadas de algunos de ellos. El paso inexorable y cruel del tiempo.

–¿Qué haces para conservarte tan bien?– me preguntaron.

Recordando un chiste respondí: –Es que nunca discuto.

–¡Ah!– dijeron con suspicacia.

Se asentaron definitivamente a beber para acordarse de los felices años de la escuela.

–Oye “Loco”, ¿te acuerdas cuando... ¿te acuerdas lo que...

Y yo me acordaba de esos alegres, brillantes, impactantes sucesos que nunca ocurrieron.

Más tarde, en la noche, vinieron no sólo los recuerdos sino los rencores negros y guardados. Hablaron de los compañeros que habían muerto y de sus personales e irremediables fracasos. Me sentían distante y superior, triunfante y distinto, irónicamente condescendiente. Murmuraron en mi contra, sin fuerza, derrotados. Y así los vi irse.

Quedamos unos pocos... por curiosidad, no por afecto.

En una de las aulas medimos fuerzas con cautela. Contamos chistes y chismes. Nos burlamos de los compañeros que nos habían dejado, de sus apodos, de sus fachas ridículas, de sus pobrezas, de sus empleos vulgares y mal pagados, de sus mujeres gordas y sudorosas. Reímos con rencor porque en la escuela fuimos siempre envidiados y por ello nos excluían de los juegos y de las bandas.

La pelea se tornó personal. Se habían ido los contrarios, la competencia era entre los iguales. ¿Quién era el más ingenioso, el más interesante, el más rico?

Más de uno fue eliminado por contar historias escabrosas. Otros se perdieron al narrar acontecimientos no desprovistos de prestigio, pero estúpidamente materiales: negocios, partidas de naipes, deportes.

Finalmente, hablamos de mujeres. Casi todos mintieron aventuras inverosímiles. Los sin imaginación comentaron lo caras y difíciles de conseguir que resultan las putas de categoría. Nadie acertaba. Las historias extravagantes resultaban risibles. Cuentos de amor platónico, natural o incluso proletario eran demasiado tratados por todas las literaturas...

Veleidosamente, lo reconozco, comencé a hablar. El tono de mi voz era deliberadamente ronco, autosuficiente, definitivo. Concentré la atención de los presentes.

En el silencio apenas interrumpido por el ruido cristalino del licor al caer en los vasos, lancé mi penetrante alocución.

—He oído— dije —todo lo que se ha dicho esta noche. Nada me ha sorprendido, en realidad, porque, o son cosas que no importan o cosas que no pasan. Exageraciones vanidosas de hechos triviales o mentiras inútiles. Yo he tenido, desgraciadamente, experiencias de muchas clases y, más de una vez, me he arrepentido de lo vivido. He odiado con fuerza a las mujeres con las que he tenido que compartir la vida y el sexo. No he sabido cómo quitármelas de encima. Mujeres celosas, posesivas y envidiosas han arruinado mi vida. He llegado a odiar, ya les digo, como se mueven, como hablan, como se ríen. Me ha molestado hasta que tosan. Tarde o temprano la incomodidad, la monotonía me han invadido. Nunca he encontrado a alguien que me interese de verdad. A pesar de mi facilidad para hacer amigas, que se transformaban velozmente en amantes, nunca he conseguido una mujer diferente y misteriosa. Ustedes pueden decir que eso revela inseguridad, egoísmo y cuantas cosas más. Todo puede ser, pero dígame lo que se diga, no he encontrado a ninguna mujer digna de llevar una relación interesante conmigo.

Bebí un trago, saboreándolo, y miré de reojo a los allí reunidos.

—Me aburren las mujeres— declaré —y sepan que ya no recuerdo con cuantas me he acostado.

»Para mí la mujer ideal no es la esposa honrada y casta que todos ustedes tienen o dicen tener. Los seres pretendidamente púdicos que intentan hacerme sentir culpable me incomodan. Tampoco me gustan las mujeres promiscuas o exageradamente libidinosas, peor aun las coprolálicas.

»Para mí la mujer ideal, la amante perfecta, sería aquella que esté enamorada de sí misma. Yo estoy casado y sé que las esposas o se resignan o mandan. La mujer que se quisiera a sí misma ni se resignaría ni mandaría.

»Me gustaría un bello ejemplar, sin importarme el color. Soy un esteticista, no un racista.

»Me gustaría que fuera socióloga o mejor antropóloga. Que hiciera estudios de antropología y entomología comparadas. Desprejuiciada, atea, contradictoria. Inaccesible por instantes. Desdeñosa y distante. Con un cuerpo sensual y provocativo.

»Que tenga un apartamento, o debo decir un hábitat, lleno de libros y de discos. Un equipo de alta fidelidad hipersensible para oír toda clase de cosas. Música para todos los estados de ánimo.

»Vernos de vez en cuando para irnos a una playa o simplemente a un café. Hacer viajes cortos a lugares clave. A veces vernos simplemente para conversar. Que me cuente de una manera desmesurada como eran las cosas en la Edad Media. Que me describa castillos de piedra y habitaciones oscuras, apenas iluminadas por un fuego sagrado; todo propicio para el amor o el crimen.

»Gozar leyendo a Sade o a David Cooper. Que recite, en serio y en broma, los versos desesperados de Baudelaire. Que se burle de payasos como Ortega y Gasset; que mezcle la lucha de clases con el espiritismo; que cite pasajes de la Biblia y de La noche en que me pervirtieron con la misma seriedad científica.

»Disfrutar del amor con música procaz o sacra. ¿Se imaginan hacer el amor oyendo el Mesías de Händel o conversar sobre la dialéctica de Heráclito oyendo Lady Madonna de los Beatles?

»Que invente platos exóticos, mejor dicho, extraños: canguro rociado con vinagre alsaciano acompañado de cebollas traídas de Ceilán y sazonado con salsa de lengua de golondrina egipcia.

»Que yo desaparezca por un mes o por un año y al volver la encuentre con otro hombre y que lo despidiera para estar a solas conmigo, o que lo haga quedar y me lo presente.

»Que rechace el sexo para leer acerca del último descubrimiento paleontológico en algún remoto lugar del Asia Menor...

Mis oyentes me miraban asustados (ahuevados).

—¡Burgueses estos!— les grité burlón. —Yo pensé que ya nada llamaba la atención. El mundo cambia a toda velocidad; se ha pisado la Luna; se mata a la gente supersónicamente; los periódicos traen noticias de espantosos crímenes. Esta es la época de todas las revoluciones.

Reí, reí con gusto, mientras se levantaban para irse sacudiendo las cabezas. Me puse el saco, me arreglé la camisa y recordé, con cierta angustia, que tenía que entregar las calificaciones de los exámenes de mis alumnos de la universidad como máximo hasta el día lunes.

MAGNANIMIDAD

Podía considerárselo un barrio central, la ciudad lo rodeaba, pero era un barrio ruinoso y olvidado, con apariencia de arrabal. No tenía el bullicioso tráfico de los barrios comerciales. Pequeños talleres, tienduchas y descascaradas casas de habitación con patios, traspacios y huertas eran todo lo que tenía, además de una cantina.

La cantina era tolerada, como las hijas solteras o los hijos estúpidos, con resignación y paciencia. Alguna vez los vecinos intentaron clausurarla pero por desidia, por no complicarse la existencia, optaron por dejarla allí.

La dueña del local era una vieja agria que atendía a los clientes con mano fuerte. No permitía la entrada de menores ni de alborotadores. La clientela se componía casi exclusivamente de artesanos, operarios de taller, campesinos de paso por la ciudad y de los infaltables alcohólicos consuetudinarios que autentificaban lo sórdido del establecimiento.

El barrio vivía sin más contratiempos o emociones que presenciar algún accidente de tránsito en las esquinas, una pelea entre muchachos o algún sabroso altercado hogareño.

Los niños jugaban en las calles, los perros escarbaban en los botes de basura buscando restos de comida.

* * *

Sin que nadie supiera por qué, la cantinera cerró las puertas de su negocio y desapareció.

La gente especuló durante unos días acerca de la desaparición de la vieja. Y, aunque los más recalcitrantes defensores de la moral y las buenas costumbres dijeron sentirse aliviados por lo sucedido, más de un viejo vecino se sintió molesto y hasta estafado por la deserción de la cantinera quien, los fines de semana, le proporcionaba un remanso de paz en donde reunirse a beber y conversar con los amigos.

La vida circular del barrio continuó. Los burócratas iban y venían de sus oficinas. En los talleres el rumor de los reiterados zumbidos, golpes y tableteos de las herramientas y maquinaria era lo único perceptible.

* * *

La primera persona que advirtió que el local de la cantina estaba siendo ocupado por un nuevo y poco comunicativo inquilino fue una tendera que se ocupó gustosamente de hacer correr la voz.

Las conversaciones de los vecinos, ahogadas hacia meses por la falta de acontecimientos, renacieron y arreciaron.

Los interrogantes más comunes eran acerca de la relación del nuevo inquilino con la anterior propietaria. ¿Sería pariente tal vez? Otra de las preguntas era a propósito del negocio que se iría a instalar: ¿un bar? ¿una tienda de abarrotes?

Nadie lo supo hasta que llegó la noche del viernes. Era otra cantina.

El propietario, un sargento del ejército en servicio activo, era un hombre bajo, musculoso y de aspecto agresivo. Parecía decidido a convertir su negocio en un lugar de mucho movimiento.

El viernes y la madrugada del sábado los gritos, los silbidos, el chocar de las botellas contra el pavimento y su consiguiente destrucción, los balazos, las maldiciones, alteraron la sempiterna tranquilidad del barrio. Grupos de soldados ebrios vociferaban obscenas canciones.

El alboroto despertó a los habitantes del barrio quienes, absolutamente sorprendidos, se vistieron con apuro y salieron a la calle.

Un hombre de estatura media encabezó al grupo que se dirigió a la cantina en donde se originaba el alboroto para reclamar a su propietario por lo que sucedía.

La respuesta del cantinero fue rápida y sorpresiva: un golpe en la quijada del hombre que protestaba y una variada colección de insultos: “Hijue la puta que te malparió. Anda que te den verga los burros, chuchetumadre, soplamazo. A mí nadien me viene a joder conque hacemos bulla. Aquí hacemos lo que nos da la reputa gana”.

Fue todo muy claro. Los quejosos levantaron a su herido y se retiraron del local. A medida que avanzaban hacia sus casas, oían las burlas y los insultos de los elementos de la tropa acantonada en la ciudad que habían estado libando en el lugar.

—Aprenderán huevones que con el ejército nadien se mete.

—¡Zafen de aquí, maricones!

Alguien hizo un disparo que se encargó de hacer desaparecer de la calle a los curiosos.

* * *

La noche fue larga e insoportable para el hombre golpeado. Se llamaba Mario Narváez y era contador público. En el barrio siempre fue, como él mismo decía, considerado y respetado.

Su mujer y sus hijos lo rodeaban tratando de calmarlo. El hombre no dejaba de quejarse y de lamentar su precipitada intervención. “Debimos llamar a la policía” reconoció molesto. No sufría únicamente por el traumatismo en la cara, sufría por el prestigio tambaleante de la alta dignidad que ostentaba, siendo como era Presidente del Comité Barrial de Santa Fe.

El contador sabía que la situación política era muy delicada —se vivía bajo una dictadura militar— pero eso no quería decir que cualquier miembro de las fuerzas armadas, usurpadoras del poder, pudieran hacer su voluntad en un lugar decente y digno.

“Cholos atrevidos”, “mangajos”, repetía una y otra vez el contador. Pero el día lunes se haría justicia. Se presentaría una enér-

gica queja a las autoridades. El barrio entero protestaría como un solo hombre.

–Ya duerma, papacito– recomendó una de las hijas.

–¡Ya voy!– gritó, malhumorado, el cabeza de familia.

Murmurando todavía, Mario Narváez entró a la cama e intentó, inútilmente, dormir.

* * *

El lunes por la mañana el Comité Barrial de Santa Fe, liderado por el contador Narváez, después de denunciar a la prensa los ignominiosos e incalificables hechos acaecidos en la madrugada del sábado de la semana anterior, se dirigió en corporación a la alcaldía de la ciudad para asentar su más enérgica protesta por la actitud descomedida y abusiva de un forastero, un extraño al barrio, quien con estulticia y desvergüenza había instalado una sucia venta de licores. Dicho antro, en el brevísimo tiempo de llevar funcionando, apenas dos días, había provocado escándalos de consecuencias mayúsculas. Se había ofendido la dignidad, el pudor y las buenas costumbres del barrio.

Por todo lo expuesto cabía preguntarse que, si en tan poco tiempo se habían producido hechos de esa naturaleza ¿qué iba a suceder en el futuro? ¿Se convertiría el lugar en un foco de delincuencia, en una cueva de ladrones, forajidos, vividores, meretrices, proxenetas, y quién sabe, drogadictos, violadores, y por qué no, homosexuales? Valía más quedarse con la duda de que eso pudiera suceder, que permitir que sucediera.

El alcalde anotó que estaba completamente de acuerdo con la petición de una entidad tan seria como el Comité Barrial de Santa Fe. Un comité modelo, dirigido por un hombre tan juicioso y con tanto espíritu de colaboración con la ciudad como era el contador Narváez, con quien había departido tantas veces de aspectos encomiables y no enojosos como el presente. Efectivamente, había que impedir que prosperase un negocio de esas características, pero el alcalde poco o nada podía hacer, aparte, desde luego, de brindarles su apoyo moral. A quienes les correspondía pronunciarse al respecto, informó, eran el

jefe civil y militar de la provincia, el intendente, o el jefe de policía, autoridades dotadas de poder punitivo.

De todas maneras, para demostrar su solidaridad, el primer personero de la ciudad ofreció enviar a un inspector de sanidad para que informara del estado higiénico de la cantina. Y si algo no andaba en orden, se procedería a multar al propietario.

Sin desanimarse, el comité y las fuerzas vivas del barrio, se dirigieron al edificio de la gobernación, institución dirigida en ese tiempo por el jefe civil y militar de la provincia.

Dos horas esperaron a la puerta del despacho del jefe civil y militar, pero lograron ser escuchados. La alta autoridad los aplacó y les prometió castigar severamente a los contraventores.

Al salir de la gobernación, el contador no se sintió del todo satisfecho y persuadió a su gente de seguir peregrinando por todas las instituciones que pudieran tener algo que ver en el caso.

* * *

No el viernes, el jueves siguiente, se suscitó otro escándalo en la cantina. A la una de la madrugada se oyeron los apremiantes chillidos de una mujer. Era una meretriz a quien se la disputaban dos cabos.

La algazara creció rápidamente. Cada cabo tenía partidarios que lo alentaban. En pocos minutos la pelea se generalizó y naturalmente los ruidos y los gritos despertaron a los vecinos.

Furibundo, enfermo de rabia, el contador Mario Narvárez llamó a la policía. Luego convocó a los vecinos para que, en cuanto las fuerzas del orden se hicieran presentes, se acusara masivamente al cantinero como causante del problema y se procediera a clausurar el antro.

La batahola amainaba, aunque todavía se oían discusiones, voces que desafiaban, gritos destemplados. Narvárez y el resto de los vecinos, atrincherados en el portal de la iglesia, recinto sagrado que no se atrevería a profanar la canalla vil, esperaban a la policía. Uno de los vecinos observó que había varias mujeres envueltas en el tumulto. Sus ropas eran atrevidas, sus movimientos voluptuosos. Ma-

rio Narváez, indignado, comprendió que sus temores eran realidad. Además de cantina, el antro era un burdel clandestino.

Al fin dos agentes de policía llegaron en un desvencijado patrullero. Uno de los agentes, más dormido que despierto, se acercó a la burbujeante masa humana reunida en la calle a inquirir sobre lo sucedido, pero nadie le prestaba atención. Mario Narváez, obnubilado por la cólera al advertir la negligencia con la que obraba quien había sido llamado a poner orden, se dirigió derechamente al centro del bullicioso grupo y llamó la atención al agente, señalando la cantina y explicándole quién era el culpable.

El policía, desanimado, siguió al acusador hasta el interior de la cantina. El cantinero se sorprendió al ver entrar en su establecimiento al alterado presidente del comité barrial acompañado de la fuerza pública. Rápidamente dejó la barra y se dirigió al policía: —Qué vienes a hacer aquí.

El agente dijo que estaba allí por una denuncia hecha por el señor que lo acompañaba.

—Vos mejor ni te metas. Yo me encargo de arreglar esto.

El policía lo miró indeciso.

—Mejor te vas— insistió el dueño de la cantina, —o de no le voy con la queja a mi coronel Oliveros. A mí me ha de oír más que a vos.

El agente, al oír nombrar al jefe civil y militar de la provincia se sintió inquieto: —¿Y por qué te ha de oír más?

El cantinero sonrió malignamente. —Porque yo soy sargento y era ordenanza de él, para que sepas.

El policía se encogió de hombros y procedió a retirarse. El contador, que había asistido estupefacto al diálogo, intentó salir con el agente, pero un fuerte brazo lo retuvo.

—Te cagaste, conchudo—. El cantinero silbó un par de veces y dos hombres salieron del interior de uno de los cuartos de la cantina. —Qué les parece este maricón: venile cona chapería al ejército. ¡Sáquelen la puta!

Una lluvia de patadas y puñetazos cayó sobre el contador, que pedía desesperadamente auxilio sin que nadie se atreviera a ayudarlo.

La policía abandonó el lugar.

* * *

El barrio entero se rindió. La gente se resignó a soportar al triunfante e invencible cantinero. Sin embargo Mario Narváez, pese a haber recibido una paliza tan monumental que tuvo que permanecer en una clínica cerca de una semana para reponerse, se juró a sí mismo que no cejaría en su empeño hasta que no vindicara su honor y el de la organización barrial a la que orgullosamente se pertenecía.

Iniciaría un juicio penal en contra del agresor. Solicitaría a uno de sus más apreciados amigos, el Licenciado Timoleón Berrezueta, colaborador de uno de los diarios de la localidad, que emprendiera una campaña de prensa destinada a denunciar los abusos del sargentón.

Cuando se sintió recuperado, Narváez se dirigió a la gobernación y pidió que se le concediera una audiencia.

El jefe civil y militar lo recibió visiblemente molesto. Le dijo que por su culpa dos instituciones hermanas, como son la policía y el ejército, habían estado a punto de enfrentarse. Gracias a Dios el enfrentamiento no había llegado a producirse gracias a la tinsa actitud de un perspicaz agente de policía absurdamente llamado a detener a quien nada tenía que ver en una simple riña callejera entre parroquianos que, al ver que el asunto no ameritaba ninguna acción en contra de nadie, mucho menos de un sargento del glorioso ejército nacional, prudentemente se había retirado. El jefe civil y militar dijo además que ya estaba enterado de quién era el contador; ya estaba informado de su conocida vocación de agitador público contumaz. De haberlo sabido antes no hubiera pasado lo que había pasado, pero él, el coronel Reinaldo Oliveros, desgraciadamente recién había llegado de la capital de la república en donde, por otra parte, se le había advertido sobre el espíritu díscolo de los habitantes de la provincia de la cual él sería la máxima autoridad y no estaba al tanto de quiénes eran quiénes. —¡Pero ahora ya les conozco!— exclamó el coronel. Por lo tanto no permitiría que nadie azuzara a un barrio en contra de un hombre que cometía el “delito imperdonable” de ser afuereño y ganarse la vida honradamente.

¿Tenía alguna justificación la actitud del contador? ¿Es que odiaba a la gente que procedía de otros lugares de la Patria? ¿Era el regionalismo más repugnante llevado a sus más exageradas consecuencias lo que hacía que un dirigente barrial quisiera convertirse en dueño de una parcela de la ciudad y no permitir la entrada a nadie que no estuviera bajo su tiránica égida?

El jefe civil y militar no toleraría la anarquía ni la ley de la selva. No toleraría una más de las bravuconadas y amenazas de las que hacía gala el contador. Indicó, así mismo, que si iba a la prensa con sus injustificadas quejas, señor presidente (entre comillas) del tan cacareado comité, voy a hacer que su humanidad vaya a dar en la cárcel, por difamación.

Abismado de incredulidad, Mario Narváez intentó refutar lo dicho por el jefe civil y militar, pero no lo logró. Su voz farfullaba. Sintiendo vencido, el contador abandonó el despacho de la máxima autoridad de la provincia sin despedirse.

* * *

Nada parecía calmar el desasosiego de Narváez. La injusticia cometida lo abrasaba por dentro. El miedo al que estaba sometido constantemente lo torturaba y lo avergonzaba. Más de una vez se descubrió espiando desde su ventana en dirección a la cantina para poder salir de su casa sin encontrarse con el terrible cantinero. “¿Por qué no vivirá en el cuartel?” se preguntaba el contador.

Seis meses habían transcurrido desde la instalación del tirano en el barrio. Los fines de semana, y no pocas veces la semana entera, se sucedían infernales alborotos, grescas inimaginables y reyertas sangrientas.

A escondidas, Mario Narváez se reunía con los miembros del directorio del comité barrial a discutir la insostenible situación. El saber que no tenían el apoyo de nadie (la Federación de Barrios de la ciudad se había negado a respaldarlos) los hacía sentirse desamparados y desesperaban por encontrar alguna solución.

Tras hondas cavilaciones, el presidente del comité declaró, en una de las clandestinas reuniones llevadas a cabo por los vecinos, que la única alternativa era eliminar al cantinero. Narváez lo expuso sosegadamente, sin revelar emoción en la voz, sin dejar translucir el odio que lo consumía por dentro. –No hay otra salida– dijo. –No podemos aguantar más esta situación.

Las argumentaciones de los miembros del directorio no se hicieron esperar: eran padres de familia; personas con ocupaciones y obligaciones; tenían que proteger a sus esposas, a sus hijos; tenían que mantenerlos; no podían embarcarse en una aventura tan peligrosa como la de eliminar a un hombre, por insufrible que éste fuera.

Narváez contraargumentó que el deber de un padre de familia íntegro, como ellos decían, era proteger a las esposas y a los hijos, pero... ¿lo estaban haciendo cuando sus familiares atemorizados no podían salir a la calle sin riesgo? ¿No se afrontaba a diario a las muchachas con piropos soeces por parte de la horrible clientela del antro? ¿No estaban actuando como ratones amedrentados por el gato?

Convencidos por las razones dadas por su paladín, los miembros del directorio del comité barrial, depusieron su endeble actitud y reconsiderando sus posiciones respaldaron a su líder.

* * *

Los preparativos fueron cuidadosamente planeados. Narváez encargó que sigilosos espías persiguieran al cantinero para conocer sus secretos. Más de una vez él mismo lo persiguió, para luego anotar sus observaciones en un detallado diario de las actividades del enemigo.

Así fue como descubrió que el dueño del antro tenía una afición. Cada cierto tiempo preparaba sus aparejos y se iba a las Lagunas Altas a dedicarse a su actividad sin duda preferida, la pesca.

A veces acompañado, a veces solo, el cantinero volvía muy de tarde en tarde con un morral, probablemente lleno de truchas.

A Narváez le resultó complicado descubrir cada cuanto tiempo salía de pesca el cantinero porque a primera vista no lo hacía con estable periodicidad sino con absurda irregularidad. Pero, al fin,

descubrió que iba a disfrutar de su afición una vez cada cinco domingos.

Alentado por este valioso dato, Narváez resolvió preparar para el ataque a sus tropas libertarias.

El directorio del comité aprobó casi unánimemente el plan de acción presentado a consideración por el contador. La única excepción fue el viejo carpintero del barrio quien, a riesgo de ser considerado un desertor, y peor todavía, traidor, alegó que la acción empeoraría la espantosa situación que se vivía. —Los pesquistas han de venir a averiguarnos. Ya estamos viejos para estos trotes.

El carpintero fue severamente reconvenido por los presentes pero persistió en su negativa de tomar parte en la destrucción del enemigo. Lo único que ofreció fue guardar con lealtad el candente secreto, pero nada más.

* * *

La noche del sábado que precedió al día del ataque fue febril. Narváez dispuso que dos de los conjurados observaran ininterrumpidamente el antro, atentos a los mínimos acontecimientos. Por otro lado Germán Mendieta, quien había sufrido que una de sus hijas dejara de asistir al colegio nocturno a causa del peligro que representaba que volviera a altas horas de la noche con el cantinero y sus peligrosos secuaces acechando para asaltarla, violarla o quien sabe qué aberrante acción, cuidaba de que todo estuviera preparado para la operación del día siguiente.

El comando liberador, disfrazado de pacífico grupo de pescadores gozando de un plácido día, partiría en pos de justicia tras el infame enemigo, quien, como cada quinto domingo, iría de pesca.

* * *

El desánimo cundió entre los vecinos de Santa Fe. El inicuo sargentón parecía conocer sus intenciones, pues se demoraba interminablemente en salir del refugio destinado a guarecer a los pescadores de los temporales de las Lagunas Altas.

Narváez estaba seguro de no haberse hecho notar. Condujo su vehículo prudentemente, sin despertar sospechas, tras el estrepitoso autobús de pasajeros en el que viajaba el cantinero.

Presa del nerviosismo, el contador intentó descubrir al quintacolumnista que hubiera alertado al enemigo de la acción que se iba a tomar. Cada uno de los presentes respondió que no se trataba de su persona, pues de otra manera no se encontraría allí.

—Tal vez le haya avisado el carpintero— sugirió alguien.

Eran ya las doce del día y el cantinero no dejaba el refugio. La impaciencia de los vecinos se transformó en desesperación. Un vecino, preocupado por el cariz que tomaba el asunto, alegó que no tenía sentido esperar más. Incluso insinuó que corrían peligro porque si el enemigo conocía sus planes resultarían ellos los que caerían en una trampa. Se decía esto cuando se vio que el cantinero salía del refugio. Su rostro macilento mostraba a las claras que el hombre estaba enfermo o por lo menos debía sentirse muy mal luego de una noche de juerga.

Aliviado, Mario Narváez pensó que el asunto iba a ser más fácil de lo que él se había imaginado.

Los vengadores siguieron al cantinero durante media hora de camino. Lo seguían a distancia para prevenir cualquier posibilidad de ser reconocidos y echar a perder el plan. El enemigo no sospechaba, no se imaginaba que aquellos hombres de apariencia anodina que caminaban detrás de él eran sus encarnizados adversarios.

El cantinero descendió por una ligera pendiente hacia una de las lagunas, cuyas orillas lucían desiertas, y se dispuso a pescar. Envolvió minuciosamente el carrete de la caña, cebó el anzuelo y luego lanzó el sedal al agua.

El contador, al ver la situación propicia, ordenó el ataque, previniendo antes a uno de los conjurados que vigilara atentamente si algún extraño se acercaba.

Tres grupos, uno de ellos dirigido por el contador, avanzarían hacia el enemigo utilizando la táctica envolvente por los tres lados por los que pudiera fugar, pues el cuarto lado, el agua, no era una vía recomendable, dada la incomodidad que suponía entrar a la laguna vestido con gruesas ropas.

Sin apenas hacer sonar los pasos, el presidente del comité barrial se dirigió a la orilla acompañado por sus hombres. El cantinero pareció percibir algo, pues se dio vuelta. Narváez lo enfrentó y un escalofrío lo hizo temblar. El sargento pareció no reconocerlo pues regresó tranquilamente a su posición anterior frente a la laguna.

Al grito de “¡Muerte al tirano!”, los conjurados se lanzaron contra el desprevenido cantinero que no entendía esa maraña de brazos que lo golpeaban, lo arañaban, lo despojaban de sus ropas.

—¡Qué les pasa! ¡qué les pasa!— gritaba aterrado el cantinero —¡Suelten!

Los miembros del comando liberador estaban a punto de ultimar a su enemigo ahogándolo en la laguna cuando la voz de Narváez los hizo detenerse.

El contador, con ojos de general victorioso brillando de venganza saciada, comenzó a hablar. Con voz estentórea se presentó y presentó a sus compañeros al cantinero quien, al reconocerlo, abrió la boca llena de estupor.

Narváez, con lúcida, aunque repentina, inspiración, manifestó que se había constituido un Tribunal Popular, al margen de la ley, es verdad, pero es que la ley vigente estaba siendo pisoteada por quienes, como el sargento, se aprovechaban de la negra hora vivida por la patria para cometer despreciables fechorías. Esa iniquidad sería corregida por lo menos en el barrio de Santa Fe en donde ningún facineroso con charreteras impondría su despiadada y cruel voluntad sobre hombres libérrimos.

—Este tribunal...— anunció solemnemente el presidente del comité —ha decidido condenarlo a muerte.

Aullidos desesperados lanzó el cantinero y, aprovechando que sus captores estaban embebidos por las palabras de su líder intentó escapar. El intento fue estéril, y más bien contraproducente, pues varios de los hombres lo detuvieron y volvieron molerlo a golpes.

—¡No sian malitos! ¡Ya no! ¡Les juro por la Mamita Virgen que no les vuelvo a joder nunca!

Los entusiastas verdugos no hicieron caso de los ofrecimientos del cantinero y lo siguieron golpeando más y mejor. Recordaban, seguramente, las noches de forzado insomnio, los insultos, los alar-

des, los desplantes del hombre que ahora se retorció como una víbora a sus pies.

De pronto la voz del líder volvió a escucharse:

–¡Paren! ¡Paren! Espérense un ratito. Tal vez no estamos haciendo bien.

Los conjurados lo miraron y se miraron entre sí con inquietud.

–No se asusten– los calmó el contador. –Es que estamos tan nerviosos que no nos hemos dado cuenta de que hemos cometido prevaricato.

–¿Qué? ¿Cómo dice?– preguntaron varias voces.

El contador les explicó que habían adelantado la sentencia sin juzgar al acusado y que, si bien estaban sometidos a un orden de cosas ajeno a la legalidad, no por ello incumplirían con el Derecho. Por tanto debían juzgar al delincuente, oír las acusaciones en su contra, oír su defensa y sólo en ese instante deliberar para decidir su culpabilidad o inocencia.

Los presentes aprobaron las justas palabras de Narváez y lamentaron sobremanera la ausencia del doctor Hernán Machuca Ledesma quien, como conocedor de los procedimientos legales, los hubiera instruido sobre cómo llevar a cabo el juicio popular que se pretendía realizar.

El cantinero, entre tanto, no dejaba de implorar piedad. Juraba por todos los santos y demás personajes de la corte celestial que jamás volvería a molestar a nadie, que abandonaría el barrio, que cerraría la cantina. Rogaba que no lo mataran, no por él, decía, que bien lo merecía, sino por su mujer y sus hijos que quedarían en la más triste miseria.

Narváez trató de constituir urgentemente el tribunal que juzgaría al reo pero, desgraciadamente, el desconocimiento del sistema judicial y el barullo que armaban sus compañeros conspiraron en su contra. Además varios de los vecinos comenzaron a echarse para atrás en sus iniciales intenciones luego de escuchar las súplicas del cantinero. Consideraron que era suficiente con la golpiza propinada. El hombre no precisaba más; estaba arrepentido y cumpliría su promesa de no volver a causar problemas. Era evidente que se hallaba

contrito y no volvería a las andadas. En caso de hacerlo él sabía lo que le esperaba.

Mario Narváez, presidente del comité barrial, líder de los santafecinos y juez ad-hoc, se paseó pensativamente delante del reo. La tensión aumentaba con cada paso del contador hasta que éste, finalmente, manifestó que las opiniones vertidas por algunos de los compañeros que oficiaban de jurados lo habían hecho reflexionar. Se pedía clemencia y perdón para el acusado. Perdón porque había reconocido su falta; perdón porque prometía no volver a cometer actos reñidos con la tranquilidad ciudadana; perdón porque parte de la pena le había sido administrada; perdón, al fin, porque era un ser humano como ellos y, el contador lo señaló enfáticamente, porque ningún habitante de Santa Fe querría cargar con un muerto en su conciencia.

Un respetuoso silencio siguió a esta palpable muestra de largueza, ecuanimidad y sabiduría dada por el juez. Pero ese silencio desapareció cuando Mario Narváez extendió su mano al boquiabierto cantinero y se la estrechó. Los vítores de los presentes no se hicieron esperar.

* * *

El viaje de regreso fue de lo más animado. Los vecinos brindaban alegremente con el licor que poco antes había servido para darles valor. Narváez, haciendo gala una vez más de su hombría de bien se ofreció a llevar al cantinero de vuelta a la ciudad, cosa que el hombre aceptó encantado pues, como dijo, se hallaba muy maltrecho.

Regresaba el comando liberador, cumplida ya su misión y regresaba el enemigo derrotado quien, gracias a la generosidad de los santafecinos, había sido perdonado.

Al llegar al barrio, los integrantes de la expedición descendieron del vehículo de Narváez con la intención de despedirse para ir a sus casas. El cantinero, al notarlo, les pidió con toda la cortesía de la que era capaz, que se quedaran un momento en sus establecimiento. Valía la pena brindar por la amistad nacida allá en las lagunas. Así

demostraría al barrio su arrepentimiento y su propósito de enmienda.

La mayoría de los presentes, con corteses excusas, rechazaron la invitación, pero el presidente del barrio, como vencedor en la contienda, no pudo negarse a aceptarla. Tres de sus allegados consideraron que debían acompañar a su líder pues, pese a la capitulación del enemigo, siempre valía más estar alertas.

Al entrar en la cantina su propietario solicitó a los pocos parroquianos que se hallaban en el lugar que por favor lo abandonaran en vista de que se iba a celebrar una reunión de carácter particular. Luego condujo a sus invitados a una mesa y les rogó que se instalaran mientras él iba a traer el mejor licor que tuviera para festejarlos.

La cantina, antes motivo de discordia, estaba siendo lugar de reunión y confraternidad. Con licor se celebraría la victoria y se consagraría la amistad.

Placer y orgullo tuvo el contador al explicar, entre brindis y brindis, su hazaña al cantinero. Narraba sin falsa modestia cada uno de los pasos llevados a cabo para culminar la acción con el éxito esperado.

El sargento alabó las hábiles estratagemas de su rival. Lo elogió diciendo que en el ejército hubiera hecho brillante carrera por sus dotes de mando naturales y por su, sin discusión, capacidad táctica.

Narváez asentía satisfecho y comentaba que había vivido de verdad, que había disfrutado de lo sucedido a pesar de la tensión nerviosa y el desgaste que producen los enfrentamientos. Sin embargo aseguró que era un hombre pacífico por excelencia y le satisfacía plenamente haber llegado a un acuerdo digno y justo para las dos partes. —No soy de los que creen que el mejor enemigo es el enemigo muerto— sentenció.

Varias rondas de bebida se sucedieron. Los concurrentes escanciaban alegremente el licor. El cantinero aparecía como un anfitrión insuperable. Los divertía contando graciosas anécdotas o espeluznantes episodios de guerra. Las horas pasaban veloces y nadie se daba cuenta.

Debían ser cerca de las once de la noche cuando el contador, agradeciendo la invitación y haciendo votos para que en el futuro no se suscitara ningún inconveniente, se levantó, entre las amables protestas del cantinero. Quienes lo acompañaban hicieron lo propio.

El cantinero, gentilmente, invitó a los vecinos a que volvieran a su local cuando lo desearan. Estaba a sus órdenes.

Cuando Mario Narváez abrió la puerta para marcharse y vio que un pelotón de soldados, con las bayonetas caladas en sus fusiles, lo esperaban a él y a sus amigos, comprendió que la tesis aquella que sostiene que “el mejor enemigo es el enemigo muerto” era la correcta.

IMPULSO FATAL

El vago llegó al taller de sastrería del cojo Huerta y lo encontró sentado en su pequeño banco zurciendo minuciosamente un pantalón oscuro y lustroso.

–Qui’ay Martiniano– saludó.

Los ojos del sastre se iluminaron al ver la figura risueña e indolente del visitante. –Entra, Wilson.

–¿Y? ¿Trabajando como loco?

El sastre sonrió mientras seguía dando puntadas. Wilson Mancero se paseó por el taller sin atreverse a seguir hablando. Sus manos jugueteaban con las tijeras, las reglas, las tizas que estaban sobre la mesa.

–¿Qué pasó?– preguntó el sastre tímidamente.

–Otra vez sin tener donde vivir– se lamentó el vago. –Ni mi mama me aguanta en la casa. ¡No sé qué hacer!

Los gestos teatrales de Wilson Mancero llenaron de ansiedad al cojo Huerta.

–Quédate, Wilsito. Ya sabes que yo te recibo encantado.

–No, ñaño. Te doy mucho trabajo, te doy mucha molestia. Ya ves, la otra vez te enojaste conmigo.

–No seas así. Vos mismo te vas llevando mi plancha a vender.

–Ahistá, hasta ladrón soy.

–No, no eres ladrón– dijo el sastre. –Pero cuando quieras algo, pídemme. De dondequiera saco.

Con estudiada lentitud el vago se acercó y posó su mano lánguida sobre la cabeza del cojo, quien se abrazó del cuerpo del visitante.

* * *

Esa noche Mancero durmió en un sofá, a pesar de la insistencia de Martiniano Huerta que quería cederle su cama.

El vago se levantó al amanecer y, pidiendo permiso, se fue a casa de su madre.

Horas después llegó ruidosamente acompañado de cuatro cargadores. Dos de ellos portaban las partes de una cama y los otros dos un ataúd de color violeta adornada con figuras de latón.

El sastre los vio desfilar por el taller en dirección a la trastienda en donde tenía su dormitorio. Mancero estaba feliz, daba ostentosas muestras de agradecimiento y prometía ayudar a su protector en todo lo que necesitara.

Cuando Martiniano Huerta hubo pagado a los cargadores y se quedó a solas con el vago, lo reprendió por el escándalo y le pidió, le rogó que se portara bien.

Ese día Mancero ayudó al sastre en todo. Barrió el taller, limpió el polvo acumulado en las paredes, puso en orden los decrepitos figurines, apuntaló un desvencijado armario. El cojo lo veía hacer sin comentar nada. Observaba con tristeza esos afanes porque sabía que eran una fugaz representación. Sabía de la ilimitada aversión que tenía él por el trabajo.

—¿Estás contento aquí?— averiguó el sastre.

—Seguro Martiniano. Po' la vida que áhura me compongo.

—No digas nada, Wilsito. Yo sé cómo eres.

—¡Qué va, ñaño! Pol' ostia sagrada que me cambio.

—Voy a vender un terreno que tengo— anunció el cojo.

—¿Tas loco?— se sorprendió Mancero. —¿Para qué? Yo te voy a ayudar en el camello.

—El terreno no me sirve de nada. Si vendo es para que tengamos alguna comodidad. Remendando ternos no nos va a alcanzar para vivir los dos. Mañana quiero que te quedes recibiendo los encargos.

—Lo que sea yo hago, ñañito, para pagarte el favor.

Huerta tosió antes de preguntar con curiosidad: —¿Por qué andas cargando ese ataúd?

Mancero soltó una risita. Luego rió abiertamente mostrando las encías, contagiando al sastre. —Allí guardo mis cosas. Todas las cajas sirven para guardar cosas.

* * *

Después de interminables trámites y de ominosos chantajes recibidos y sobornos hechos en las sucias oficinas de catastros y propiedades. Martiniano pudo, en un solo día, traspasar su propiedad a un vecino que desde tiempo atrás quería comprársela. Cuando el notario puso su firma al pie del documento de compra-venta el sastre no pudo reprimir un suspiro.

El cojo volvió a su taller y se encontró conque las puertas estaban cerradas. Golpeó, contrariado, hasta oír pasos que se acercaban.

Mancero abrió la puerta. Estaba con el torso desnudo y llevaba un martillo.

—¿Qué haces?— preguntó, con alarma, el sastre.

—Ven a ver, Martiniano. No te ahueves, no me agradezcas.

La discreta habitación del sastre estaba salvajemente iluminada por cuatro reflectores. —El rojo se apaga independiente, suquito. ¿Ves que pleno? El mono Granda me enseñó a hacer instalaciones.

Las paredes estaban atiborradas de fotos de mujeres desnudas y de carros deportivos. —Esta se llama Sandra y este carro de aquí, Pepucho.

Convivían promiscuamente signos nazis y estrellas de David, signos de la paz y banderas de los Estados Unidos, un pensativo Che Guevara junto a un estúpidamente sonreído julio iglesias. Y en un rincón, apartado y oscurecido, un Corazón de Jesús, único adorno del cojo.

—¿De dónde salió tanta cosa?— averiguó el sastre tragando saliva.

—De la caja— contó, alegre, Mancero señalando el ataúd.

—Te pregunto que en dónde conseguiste tanto adefesio.

–Si te cuento me vas a retar.

El cojo no preguntó más. Rengueando fue a acostarse, a tratar de descansar.

* * *

Una semana después de haberse instalado donde el sastre, el vago lo convenció de comprar un televisor. –Alegra la vida, papito.

Se levantaba a las once de la mañana e iba a desayunar en alguna de las oscuras fondas del barrio. Después volvía con el periódico para el sastre y salía nuevamente. Por la tarde veía todas las series de televisión mientras, envuelto en una chalina celeste, comía chocolates.

Los fines de semana se largaba a las cantinas y bebía hasta quedar inconsciente. Regresaba los lunes, lloroso y compungido, pidiendo perdón a su benefactor. Le besaba las manos y el sastre, estremecido, rascaba su cabeza y lo perdonaba.

–Wilsito, qué va a ser de vos.

–No me digas nada, Martiniano. La longa ya tuvo la criatura ¿y crearás que me deja verle?

–¡Sinvergüenza! ¡Irresponsable! ¿Quién le va a dar educación a la guagua?

–Eso no sé, pero en cambio se va a llamar Jessica. Y Mance-ro, como mi mama.

* * *

Wilson Mancero llevaba viviendo cerca de un año con el sastre cuando comenzó a desaparecer. Se perdía de vista por semanas enteras sin avisar. El cojo no decía nada, solamente esperaba.

Un día, después de varios de ausencia, el vago apareció borracho. Entró al taller sin saludar y se encerró en el dormitorio. El sastre había hecho una saco de gamuza verde para regalárselo el día de su cumpleaños. Con el saco bajo el brazo, Martiniano Huerta entró en la habitación.

–¿Sabes qué dicen?– aulló desaforado el vago. –Que somos maricones. Qué te parece ¿ah? ¿ah? Di pes algo, sucho conchetuma-

dre. El trompudo Ortega es el que más jode. Ya le digo qui'asta tengo una hija y dice que nu'a de ser mía.

Martiniano, conteniendo el llanto, extendió el saco: –Por tu cumpleaños– dijo.

–Deja en la cama.

El sastre se regresó al taller.

Luego de dormir unas horas, el vago se levantó avergonzado a pedir disculpas. –Perdona perrito viejo, ya sabes que de chispo soy una bestia. Tranquilo, papito suco.

Consiguió plata para ir a la peluquería. –Hago que me pelen las mechas y con la cara presentable me pongü'el saco.

A las cuatro de la tarde, Wilson Mancero volvió de la peluquería. –¿Cómo 'toy? ¿cómo 'toy? Habla.

El sastre lo ayudó a ponerse el saco. –Me queda al cuerpo, ñaño. Ta lindo.

En el espejo del taller el vago buscó, en vano, su habitual cara de despreocupación.

–Me voy al altillo.

–¿Qué para hacer?– preguntó el sastre.

–Voy'astar un rato. Cuando te llame a que vengas.

El cojo esperó con inquietud la llamada. Una voz extraña y distorsionada salió desde el altillo. Martiniano fue tan rápido como le fue posible. Subió por la tembleque escalera al lugar y pudo ver una imagen desconcertante: Wilson Mancero se había pintado la boca.

–¿Qué te pasa?– inquirió, alterado, el sastre.

–Como dizque dicen que somos maricos me'stoy preparando. ¿Cómo me veo?

–Estás loco– replicó el sastre.

–Me queda bien el saquito.

–No te das cuenta de lo que haces.

–Sí me doy cuenta– dijo Mancero y se acercó al cojo y lo abrazó. Luego le mordió una oreja y, sin que el hombre pudiera hacer nada, lo besó en la boca. Martiniano, sin poder contenerse, respondió al beso al tiempo que el vago lo apartaba con violencia. Conmovido y asustado, el sastre advirtió el odio en los ojos del vago que estuvo

mirándolo con fijeza. Después Mancero sonrió: –Ya ves, suchito, marica mismo eres.

El vago se quitó con el dorso de la mano el lápiz labial. –Me voy– anunció mientras bajaba por las escaleras. –Otro día vengo a ver la cama y la caja–. El vago sonrió nuevamente. –Quiero que me entierren en esa caja con mis lluchas.

–Nos vemos– se despidió. Y se fue.

EL BEBEDIZO

La mancha crece, destella, reluce y se apaga. Atronadores, miles de metales enfurecidos caen. EL CAOS. Respiraciones fatigosas, alientos repugnantes, gases tóxicos, coloraciones rojas lo invaden todo.

Luz y sombra alternadas, una caída súbita al abismo infinito, a las más oscuras galerías del universo, a los desfiladeros de la muerte.

Calor y frío. Finos cuchillos entran en la carne. Venenos corren por las venas. Luz y sombra. ¡Luz y sombra!

Agotamiento, sudor, ingravidez seguida de una violenta presión que hace explotar ¡explotar! ¡EXPLOTAR!

—¿Qué supone que es?

—¿No se da cuenta? ¿No le llega ese ambiente tremendo? ¿No parecen los castigos del infierno?

—Muy sugestivo. ¿Qué debo opinar exactamente?

—Dígame lo que usted opine, lo que piense.

—Óyeme Ernesto, no quiero parecer exagerado o escéptico, pero esto... Esto no lleva a nada. No trata sobre temas trascendentales o comprometidos. Aquí no veo ningún conflicto social ni nada.

—Hay que tratar todos los temas, licenciado.

—Pero hombre... No quiero herir tu susceptibilidad, ya sabes que te aprecio mucho, eres inteligente y estudioso y podrías llegar lejos, pero si escribes estas cosas incomprensibles... ¿Qué te motiva

a escribir así? ¿No andas drogándote? Si es así, mejor ni vayas por ese camino.

—Perdone, licenciado. Le agradezco pero no necesito esos consejos. Yo lo que quiero saber, simple y llanamente, es su criterio acerca de lo que le mostré.

—Siendo sincero te diré que no me gusta— declaró el profesor.

—Es más, creo que es un adefesio.

—Gracias, licenciado. Permiso.

Erasmus Pozo se quedó solo. Meneó la cabeza y se dirigió a la rectangular edificación en la que dictaba clase.

* * *

—¡Erasmus!

El profesor se detuvo. —Elías, cómo estás.

—Yo bien ¿y tú? Hace tiempos que no te veo. ¿Estás ocupado? ¿no? Ven, te invito a tomar un cafecito.

—Gracias. Me hace falta tomar algo. Hasta un trago quisiera. Caminaron por la avenida que bordea el río.

—Están muriéndose estos sauces.

—Cierto. ¿Qué será?

—La contaminación.

—¿Aquí? No ha de ser.

—Sí, hombre. ¿Te acuerdas de esa fábrica de compuestos químicos que se pusieron hace un año más o menos?

—¿Cuál?

—La de ese doctor Garrido.

—Sí, sí.

—Esa es la que provoca la contaminación en esta parte del río.

—Qué tremenda cosa. ¿Y qué hace el municipio?

—Nada, que yo sepa. Estás cariacontecido, Erasmus. ¿Qué te pasa?

—Me deprimó con facilidad.

—¿Pero por qué, viejito? ¿No será que estás en la más imparable percha?

–No sé. No creo. Ya me he acostumbrado a vivir solo. ¡Ah, cierto! ¿Cómo van en tu casa?

–Me estoy divorciando, viejito.

–¿De verdad?

–No, hombre, voy muy bien. De lo único que se queja mi mujer es de mis borracheras de fin de semana.

–Entonces reunámonos este fin de semana.

–Hecho. Te voy a ver.

Erasmus Pozo se quedó pensativo por un instante. Luego, mirando a su amigo con ansiosa fijeza, preguntó: –¿Has probado drogas alguna vez?

–Francamente no. Traguito nomás. ¿Por qué?

–Curiosidad.

–Hemos de ver, hemos de ver.

* * *

A las ocho de la noche del viernes catorce de mayo, el economista Elías Asanza llegó al edificio de propiedad horizontal en el que vivía el licenciado Erasmo Pozo. Lo acompañaba un hombre barbudo y desaliñado.

El economista Asanza llamó a la puerta. Erasmo Pozo se demoró unos instantes en abrir.

–Pensé que no estabas.

–Pasa, pasa. Te estaba esperando.

–¿Sí le conoces a este famoso?– preguntó bromista Asanza señalando a su acompañante.

–Hola Diego. Cómo te va.

–Qué se cuenta, Erasmito. Disculpe que le caiga de paracaidista.

–No seas tan humilde– terció Asanza. –Vienes como experto en la preparación de las mezclas.

Se sentaron en los mullidos sillones del cuarto de estar.

–¿Quieren tomar alguna cosita?– preguntó amablemente el licenciado Pozo.

–Sí, cualquier cosa.

Conversaron de política económica. Asanza los apabulló con una espantosa conferencia acerca del sistema cambiario internacional y su incidencia en la entrada y salida de divisas al y del país.

–Voy a colocar un disco– dijo Pozo aprovechando una pausa de Asanza.

La voz llorona de un cantante español brotó de los parlantes.

–¡Qué mierda de música!– se quejó Diego Toledo. –Pon mejor un disco de Pink Floyd.

–No tengo muchos discos. No me gusta mayormente la música– se justificó el licenciado.

–Bueno, Erasmo– interrumpió alegremente Asanza, –dijiste el otro día que te interesaba alzar el vuelo.

–¿Cómo dices?

–Dijiste que tenías curiosidad de probar alguna droga.

–Tenía curiosidad, ya no. Fue un arrebato. Tengo un alumno al que estimo, Ernesto Muñoz. Escribe él y de cuando en cuando me muestra sus producciones. Pasa que el día en que te encontré me mostró un texto, un escrito, que parecía hecho bajo el influjo de alguna droga, entonces... me dio curiosidad y...

–Ya que estamos aquí... y habiéndole traído al Dieguito– dijo insinuante Asanza.

Diego Toledo hizo un gesto de interrogación. –¿Nos tomamos un preparadito?

–No sé, no sé– dudó Erasmo Pozo. –La droga ha sido y es un elemento ritual en muchas culturas. Un contacto con la divinidad, reservada a unos pocos iniciados, generalmente el hechicero o el sacerdote que tenían visiones y todo eso, pero se requería una preparación especial.

–No hables tanto– cortó Diego Toledo. –¿Quieres o no quieres?

–Probemos pues.

–¿En dónde está la cocina?– preguntó Asanza.

–Allá al fondo.

–Entonces anda prepara la mezcla, Dieguito.

Toledo se dirigió al lugar indicado.

–Me siento nervioso– comentó Erasmo Pozo.

–Se te pasa enseguida.

–Es curioso. Como te iba diciendo, la droga ha sido importante dentro de la cultura y el arte. Lo mismo que el alcohol, que en el fondo es otra droga. Muchos han utilizado las drogas para inspirarse. El enano ese del Moulin Rouge, los simbolistas franceses, los poetas norteamericanos actuales y los antiguos también. Edgar Allan Poe dice que escribía esas alucinantes cosas bajo los efectos del alcohol. Claro que ahora el uso de las drogas tiene un sentido distinto, ya sabes, conlleva la corrupción mental y la degeneración orgánica. No es pues una cosa justificable.

–Hablas como los viejos.

–Es que es así. La gente de hoy busca en las drogas la evasión de este mundo horroroso, pero no es la vía mejor. En fin, algunos, como nosotros, hasta se drogan por curiosidad.

–Espera a que pruebes– lo interrumpió el economista Asanza aburrido por las explicaciones de Pozo. –El Dieguito es un genio.

Toledo llegó con una olla humeante que asentó sobre la mesa.

–¿No fuera mejor que otro día nos fumáramos una simple marihuanita?– preguntó receloso el Licenciado.

–No pendejo. Esto es lo que se necesita– dijo Asanza.

–¿Cómo se llama esta mezcla Dieguito?

–Shushuyaco– respondió riendo Toledo. –Con esto se llega al cielo.

–¿Pruebas Erasmo?– preguntó el economista.

Con insólita determinación, Erasmo Pozo bebió un líquido espeso y dulzón de extraño sabor.

La debilidad es súbita, las luces se alargan, se distorsionan. Crecen los volúmenes. Los sonidos avanzan en ondas concéntricas chocando contra las paredes y rebotando lentamente. El aire se condensa, se vuelve como el agua. “Estoy en el plasma del universo, de la universa, hembra, madre, generatriz, emperatriz, emperatrice, ja ja, automotriz”. La Luna entra en la habitación y se queda inmóvil, suspendida en el aire. Su luz helada congela los cuerpos. “La Luna es un símbolo. Las mareas, las mareas se mueven por la Luna, las mareas se mean en la arena. La Luna es una mujer y por eso el Sol de España, toreros, toreros, cornadas y sangre”. El frío es intolerable.

Los cuerpos se vuelven quebradizos y se despedazan en fragmentos puntiagudos. La Luna estalla, liberando la energía, el calor. “Se hizo Sol. Me estoy quemando por Dios. Estoy asándome”. El origen del universo, la explosión de las galaxias, las nubes de polvo cósmico y radiactivo, las llamaradas, los cometas, los gases liberados. “Están creciendo estas cosas. Son átomos, átomos y moléculas, se multiplican, ¡qué rápido que se multiplican!”. Los astros dan vueltas vertiginosamente marcando su paso por el espacio, dejando estelas blancas, infrarrojas, ultravioletas. “Van a chocar. Si chocan se hacen dioses: dioses solares, brillantes. Se va a crear la vida”. Gases rodean una enorme esfera. “No respiro, no puedo ¿a qué hora voy a respirar?”. Grandes cúmulos de fuego atraviesan el tercer planeta, el tercer mundo, y caen en una enorme extensión líquida y se hacen humo. Las aguas están furiosas, altísimas olas chocan entre sí formando remolinos gigantescos que lo absorben todo. En las alturas el vendaval azota incontenible.

Trinos de aves, susurros de la brisa entre las hojas, crepitar suave del fuego. La niebla acogedora, protectora, se espesa. “Qué lindo estar así. Si pudiera descansar eternamente, sin FRÍO y sin calor, sin tener que moverme, sin tener que pensar”. Coros lejanos cantan una música obsesionante. Aullidos del viento. Lo oculto, la temible cercanía de lo desconocido, lo sacro y lo profano.

Vienen sin formas claras. La niebla se corre y los pájaros anunciadores, encaramados en sus nidales de piedra, pregonan y cantan. El abismo oscuro, las infinitas galerías del universo por las que reptan monstruosas las penas, los desfiladeros de la muerte. “Te invoco espíritu del hombre. Dame fuerzas para entender y vencer. Dame la palabra y el entendimiento. Quiero gloria, quiero victoria, quiero inmortalidad. Las claves. LAS CLAVES”.

Los pájaros graznan su reto, su desafío, y anticipan su fallo. “Dame fuerza, infinito, dios u hombre concededor del penúltimo misterio y de la última oscuridad. Quiero desentrañar”.

Lo doble, lo contradictorio, las fuerzas en eterna pugna, los enemigos infinitos. Los ángeles y los demonios aconsejan: ¡sobreponte! ¡sobreponte! ¡piérdete! ¡piérdete! El bien y el mal, las más extraordinarias revelaciones. “Soy el hombre que romperá las cadenas del miedo y de la imposibilidad. Llegaré al conocimiento y a las

leyes perpetuas. SOY OMNIPOTENTE Y DEFINITIVO... volaré... castigaré... enseñaré... volaré...”.

Sin que Elías Asanza y Diego Toledo pudieran hacer algo, Erasmo Pozo se levantó de su asiento y se lanzó contra la ventana, destrozando los cristales y cayendo tres pisos más abajo en el pavimento.

Los visitantes se asomaron a la calle y vieron el cuerpo del licenciado, tendido en la dura superficie, rodeado de cristales rotos y de curiosos.

—¡Y ahora qué vamos a hacer! ¿Qué le pusiste en esa vaina, tarado?

—Nada fuerte, Elías. Te juro. Las yerbitas medicinales que traje y avena que encontré en la cocina.

—Algo más le has de ver puesto, animal.

—Una puntita de ron.

—¿Nada más?

—Nada más. Te juro.

EL TRIÁNGULO DE EUCLIDES

De cintura delgada, de hombros anchos, de pelo crespo, ojos verdes y mandíbula prominente y provocadora, un hombre con casa-ca de cuero, pantalones de los llamados blue jeans y botas, entró al burdel acompañado de dos sujetos de mirada vigilante y expresión sombría.

Las prostitutas bailaban en el centro de la pista. El hombre y sus acompañantes pasaron junto a ellas repartiendo nalgadas y soeces piropos. Luego se instalaron en una mesa y pidieron de beber.

Euclides Aparicio estaba en una mesa cercana bebiendo con uno de sus ayudantes. Al ver entrar al recién llegado se sintió inquieto. Sus ojos bovinos, generalmente mansos, denotaban ansiedad.

El extraño hablaba animadamente, se levantaba de la mesa para ridiculizar a alguien, se volvía a sentar, reía.

Euclides no podía dejar de verlo. Conocía al hombre de vista y fama. Sabía que era un peligroso traficante, que la gente lo temía y lo evitaba, pero por más que lo intentó no dejó de verlo.

En una de sus evoluciones por el local, la mirada insolente del extraño coincidió con la del persistente observador. El extraño la desvió y siguió con su conversación, pero luego de un instante la volvió a posar sobre Euclides, que la sostuvo.

—Mucho m'estás viendo, cabrón.

Euclides vaciló unos segundos por la sorpresa y bajó los ojos.

—Así me gusta— dijo una voz satisfecha.

Sin poder contenerse, rojo de cólera, Euclides Aparicio, apodado “Toro”, se levantó de la mesa y se enfrentó al traficante: –Te veo todo lo que me dé la gana.

El ayudante de Aparicio trató de contenerlo: –No te metas con ese mañoso. Pórtate fresco, Euquito.

La gente dejó de bailar y de hacer ruido al percatarse de lo que ocurría. El silencio no fue total, sin embargo, por que la rocola, ajena a los acontecimientos, siguió sonando.

–Y por qué me ves pes, vergajo. ¿Qué’s que te gustan los hombres?–. Una brusca risotada salió de la garganta del traficante.

–Qué me van a gustar los mecos– respondió Euclides. –Y si quieres fajarte, vamo afuera.

–Aquí mimo– contraatacó el traficante.

Aparicio se acercó a su rival, pero uno de los secuaces de éste le cerró el paso. Con una rapidez que nadie hubiera imaginado, la enorme mano de camionero de Euclides Aparicio golpeó como una maza en la cara del hombre que se atravesó enviándolo al suelo.

–Ven vos, lagartijo– insistió el camionero.

El traficante se deshizo velozmente de su casaca y se enfrentó a su enorme retador. Euclides le lanzó un golpe. El traficante, ágil, lo esquivó y segundos después estiró su pierna derecha que pateó en la canilla izquierda de su oponente. Sorprendido por el puntapié, Aparicio retrocedió, lo que aprovechó el traficante para acosarlo con patadas breves y precisas hasta que el camionero lo agarró de una pierna y lo hizo caer. El traficante cayó de espaldas y una vez en el suelo se puso a patalear frenéticamente para que Aparicio no pudiera lanzarse sobre él. En un momento rodó por el piso pero no lo suficientemente rápido para evitar que Euclides lo agarrara del cuello y lo llevara zarandeando hasta ponerlo contra la pared y lo aplastara.

Alguien gritó: –¡La policía!– y la pelea se detuvo. Euclides soltó a su enemigo y se volteó para ver por dónde venía la policía, lo que le dio tiempo al traficante para empujar al camionero y zafarse.

Fue una falsa alarma. El traficante, una vez que se libró de su contrincante, sacó de entre sus ropas una navaja y comenzó a blandirla. Aparicio no se dejó intimidar. Tomó una silla y la descargó sobre el cuerpo de su contendiente quien se desplomó ensangrentado y desvanecido.

La gente se congregó alrededor del caído preguntándose si estaría vivo. Una prostituta jovencita chillaba histérica: –Le mató, le mató.

El ayudante del camionero prácticamente arrastró a su jefe a la calle para que se marcharan cuanto antes y se perdieran en algún remoto pueblo hasta que tuvieran noticias de la sobrevivencia o muerte del traficante.

* * *

Empresa de Transportes Veloz Ecuatoriano E.T.V.E. decía el letrero en la fachada de la oficina en la que se encontraba Euclides, quien era uno de los mayores accionistas de la empresa con tres vehículos de su propiedad.

El contador revisaba unos documentos y se los llevaba al gerente quien daba confusas explicaciones a Euclides sobre la marcha de la compañía. El camionero, insatisfecho, manoteaba con fuerza sobre un escritorio.

–¡Ese es el hombre que busco!– exclamó alguien. –No se deja de nadie.

Aparicio se volvió y vio a un hombre delgado, rubio, de mandíbula agresiva que le extendía la mano: –Buenos días, amigazo. Si se acuerda de mí ¿no?

Euclides asintió torpemente.

–Nos conocimos en el «Lucerito». Puta que usted ha sabido fajarse, ñaño. Hasta ahora me duele el pescuezo. Verá, yo estoy aquí para hacer un negocio con usted. Yo me llamo Jaime Chacón y, o sea, tengo una mercancía a que me dé llevando en sus carros.

–Tiene que arreglar aquí en la oficina– dijo suavemente el camionero. –Si me asignan a mí el trabajo, encantado de servirle.

–No se haga el quite, ñaño. Se ve que quien manda en este gallinero es su persona. Ve como está ahuevado el mandamás de la oficina– Chacón sonrió.

–Sólo le reclamaba por unas cuentas– justificó su actitud Euclides.

–Déjese de cosas. Yo quiero hacerme amigo suyo. Yo le respeto al hombre macho y al hombre decente que no se deja ver las

huevas de nadie. Yo quiero que me lleve la mercadería en los camiones suyos. En usted se confía.

–Gracias, pero es que...

–Nada, amigo. A no ser que esté enojado por lo de la otra noche. Si es por eso hasta me disculpo.

–No, si yo tuve la culpa.

–Qué va. Tenía toda la razón. Yo tengo la culpa que no me porto caballero y le jodo. Cualquiera se cabrea ¿no cierto? Ni yo siendo que me vengan con que no me veas ¿no cierto?

–Yo tuve la culpa por quedarle viendo.

–Bueno, bueno que eso nos olvidemos. Más bien dicho que sería de pegarse los buches y pleno ¿no cierto? Quedar de amigos y hacer el negocio. Ahora a la noche ¿en dónde va a parar?

–Voy a estar aquí en la oficina.

–Tonce a las nueve le vengo buscando y nos vamos a pegar más que sea unas bielas. ¿Ta bien?

–Bien está. Muchas gracias

–A las nueve, no se olvide. Pero no a la hora ecuatoriana sino a la fija. Hasta la noche.

–Hasta la noche.

* * *

Ni la niñez adocenada y sofocante que vivió, ni el hecho de ser hijo de Clotilde Silva, impidieron a Euclides convertirse en lo más parecido a un aventurero.

A los quince años planeó fugarse de la casa porque odiaba a toda su familia, en especial a su madre.

Odiaba las soporíferas veladas en las que se reunían tíos, primos, primos segundos y todo aquel que tuviera el más remoto parentesco (reconocido) con su madre. En esas reuniones se contaban siempre las mismas aburridas anécdotas, se recitaban los mismos gangosos poemas y se cantaban los mismos llorones pasillos.

Odiaba al tío Timoleón, gloria del foro pueblerino, que se daba importancia cada vez que podía, amonestando, criticando o aconsejando a los miembros de la familia que estaban por debajo de su rango.

Odiaba, en fin, los nombres (que a Euclides le parecían los más extravagantes y ridículos del mundo) de todos sus parientes. Sus primas Silva Castro se llamaban: Poesía, Musa y Metáfora. Sus primos Bernal Silva se llamaban Sócrates, Cicerón y Horacio y, él mismo, tenía un nombre que no dejaba de mortificarlo: Euclides Silva, hijo bastardo de doña Clotilde Silva, dama de sociedad y poetisa aficionada y un hombre al que siempre oyó nombrar como “el canalla”.

Euclides se mostraba reacio a considerarse parte de la familia Silva. Aunque no conocía a su padre, lo excusaba de haber abandonado a una mujer como su madre, y no haberse querido relacionar con seres tan imbéciles como sus familiares maternos. Clotilde Silva se encargaba de fomentar la identificación del muchacho con su padre al decirle: “Eres la viva imagen del despreciable que te engendró”.

Por estos motivos Euclides pasaba todo su tiempo libre con los mecánicos del taller de la esquina de su casa. Hombres que se le antojaban fuertes y sabios; hombres que sabían manejar sus manos con destreza y sus destinos con decisión. Gentes que se emborrachaban y hablaban de sus aventuras con mujeres y de sus viajes por el país. Fue en la mecánica en donde concibió sus proyectos de fuga.

Una noche, en un desvencijado camión que transportaba verduras, Euclides Silva se fue a la Costa.

* * *

—Cosas de guambra, carajo. Pero así me hice hombre. A Manta fui a dar, trabajando de estibador. Me sacaba el aire cargando los sacos de las bodegas a los barcos, pero no quedaba más, porque no había otra cosa que hacer. Como dos meses me estuve allí hasta que me regresé a Guaranda, a ver si me traía alguna ropa. Los dos meses estuve con la misma ropa porque un maletín me robaron. Es que ¿sabe qué? me quería ir de viaje, a conocer el mundo de marinero. Había un estiba que contaba que él conocía un buen poco de partes, viajando en barco, de marinero.

Jaime Chacón bebió un sorbo de su vaso de cerveza. Con expresión triste y mirada perdida hizo un breve comentario sobre su juventud. Habló de las malas compañías que lo habían llevado por el camino torcido. –Pero ahora soy un comerciante honrado. Pregúntele a cualquiera por el “Mishi” Chacón y va a ver que yo soy gente seria.

Euclides sonrió y brindó: –Como le iba diciendo, me regresé a Guaranda con bastante ahuevo. Oiga, lo que es la vida, desde que me asomé por la esquina de mi casa ya le habían ido a avisar a mi mamá. Ni bien estaba llegando, cuando el que menos del barrio ya estaba a la puerta de mi casa a verme. Mi mamá, que es medio tocada, se cayó al suelo con ataques. ¡Una fiesta que fue todo! Principalmente por lo que jodían los cabrones tíos. El tonto bruto del tío Mesías, que me culpaba del desmayo; y la vieja perra de la tía Georgina. ¡Vieja puta! Ladraba ahí mismo y ahí mismo que a dónde te fuiste guambra, que ahora te fregaste. Para suerte no estaba el burro del tío Timoleón.

–Así es la familia cuando se preocupa de uno– comentó Chacón.

–Pero yo no quería que ningún metiche se preocupara de mí. Yo estaba bien estando solo, pero cada pendejo se metía. No sé por qué le cuento estas cosas si me muero de vergüenza. ¿Sabe qué? mi mamá que era aficionada dizque a las poesías, había hecho una para el hijo que se ha ido y tuvo la concha de leer un papel delante de todo el mundo. Yo coloreaba de la rabia y me comía mierda. Sobre todo después, por la hipocresía. Esa misma noche que yo llegué, cuando se rifaron los metiches, me mandó un sermón de dos horas. A mí ya no me importaba un culo que me puteara, porque a la hora de dormir cogía unos trapos y me largaba de nuevo. Pero me cuenta que papá iba a venir a conocerme para irme llevando y meterme en vereda, creo dijo, porque me estaba descarriando y yo, de curiosidad, me quedo.

–Y su papacito ¿no viviría con su mamá?

–No eran casados– dijo Euclides. –Yo era antes Silva. Fue fregado, después de que mi papá me reconoció, acordarme de que yo era de apellido Aparicio. Imagínese usted que hasta los dieciséis años años le digan a uno de una forma las gentes y después de otra. Me daba no sé qué. Mi mamá dizque había sido novia de mi taita, pero

mi taita se arrepintió de casarse y se mandó a cambiar. Cuando yo he nacido, había sido un escándalo. Mis burros tíos le buscaron a mi taita para hacerle casar, pero como él era bien bragado les recibió a patadas a los cabrones y se fueron nomás.

—¿Y cómo le conoció a su papá?

—Espere le cuento. Cuando yo me largué de la casa, mi mamá le había localizado para ver si yo estaba allí y él le había dicho que no. Me olvidaba de contarle que después de que mi taita no quiso casarse, mamá, dándose de orgullosa, no quiso saber nada de él. Ni siquiera yo sabía quien era mi papá. Lo cierto es que cuando yo me fui de la casa mamá se comunica con él y le dice que yo me he desaparecido. El se preocupa y, a pesar de que no me conocía, hasta había ayudado a buscarme. Cuando regreso a Guaranda la vieja y mierda de la tía Georgina había corrido a avisarle que ya me habían encontrado. Papá viajó de aquí de Ambato, que es donde vivía, a Guaranda, donde nosotros, y recién le conocí. Oiga usted no sabe la emoción que es conocer a alguien que, más claro, le ha dado la vida a uno. Más que todo me impresionaba que éramos igualitos, porque mi taita era idéntico a mí, sino que un poco más pequeño y un poco pelado en la frente.

—Ha de ser emocionante— dijo, casi con envidia, Jaime Chacón.

—Oiga, es que otra cosa es conocerle lo buena gente que era el veterano, no como mamá que me echaba la culpa de haber nacido. En cuanto nos vimos ya nos dimos cuenta de que él era el padre y yo el hijo y que era una huevada vivir separados. Yo aguanté el castigo de mi mamá de que mi taita me metiera en vereda, pero lo que se dice, encantado. Era dizque de matricularme en un colegio de Ambato de interno, pero papá me llevó a vivir con él. El perro problema del principio es que papá se había casado con una señora. Qué cojudo, no iba a ser con un señor. Bueno, se llamaba Mercedes Oleas y murió con papá en el accidente. Pero le sigo contando. La señora al principio no quería saber nada de mí, ni tampoco las hermanas que he sabido tener. Una hermana que se llama Ana María y otra Pilar. Me mostraron mala cara y hasta me hicieron sufrir, pero después se pegaron una temible encariñada conmigo. Les iba acompañando a las ñañas al colegio y la Michita, como le decía yo, hasta me comenzó a tratar de

mijo. Después vino el accidente y eso nos fregó a todos. Murió papá y murió la Michita y yo, a los veintidós años tuve que encargarme de todo, aunque para suerte no hubo problema. Mi veterano, no sé qué bicho le picaría, había tenido hechito el testamento y nos dividimos la herencia tranquilos. Ellas cogieron más porque también heredaron de la mamá y aun así yo cogí bastante. Ellas se compraron un departamento en Quito y se pusieron una tienda de ropa junto con una tía, y plata, que metieron en el banco. Bien les va. De vez en cuando les visito. Yo, con mi parte en cambio, me compré dos camiones. Oiga, pero yo viví contento con mi papá los pocos seis años que me tocó vivir con él. Con todo, la vida no me trata mal.

—¿Y por qué se compró los camiones?

—Por viajar. A mí siempre me ha gustado viajar. Conozco Perú, Colombia y Venezuela. Yo mismo he ido manejando un camión nuevo que me compré hace poco, un Mercedes Benz rojito que se le ve flamante. Es una maravilla de carro, se le levanta todita la cabina para revisar el motor. En estos últimos meses es cuando más he viajado. En los otros carros sólo andaba por el Ecuador nomás. Y le diré que me conozco todo el Ecuador.

—Qué raro que yo no le haya visto porque yo también viajo bastante— comentó extrañado Chacón.

—Yo sí le conocía a usted— confesó Euclides. —Y me caía pesado por lo jodido que es con la gente.

—O sea que me andaba buscando bronca— dijo Chacón fingiendo indignación —de puro chucha.

—No le voy a mentir: las cosas derechas. Me caía chanco por lo sobrado que es usted. Todos los morlacos son así, unos sobrados.

Chacón lanzó una carcajada. —Algunos somos así— convino.

—Y que cosa más rara, ya ve. Ahora estamos conversando como amigos.

—Le contaré, pues, que yo también le andaba buscando para cobrarle. Averigüé quién era, dónde paraba, qué amigos tenía, y le digo francamente que todas las gentes me dieron buenas referencias de usted. Entonces yo pensé para mis adentros que lo mejor era cobrarle haciéndome amigo suyo, porque con la mala fama que tengo los clientes le van a huir.

Euclides rió con gusto al tiempo que abrazaba con fuerza a Chacón. —¿No decía hace una rato nomás que es bien decente?

—Se dice eso para despistar.

—Peguémonos una buena chuma— pidió Euclides.

—Mejor vámonos donde las zorras— sugirió Chacón.

—Legalmente, vamos de zorras.

* * *

Venía a contar que en Tena no deja nunca de llover o que en Santa Elena nunca llueve y el sol desespera a los serranos. Contaba detalladamente sus correrías de negocios. Decía, por ejemplo, que había recorrido toda la provincia del Cotopaxi: de Saquisilí a Latacunga, de Latacunga a Pujilí, de Pujilí de nuevo a Latacunga y de allí a Salcedo. A Pangua no me fui, ñaño, porque qué mierda tiene nadie que hacer en Pangua.

Sus trayectos eran inverosímiles. Vine de Colombia y me quedé un día en Tulcán en donde me encuentro con el mono Zósimo Tinoco y me dice que vamos a Santa Rosa que hace dos semanas estaban de fiesta. ¿Y por dónde crees que nos vamos? Salimos de Tulcán a Quito y de ahí vamos a Santo Domingo de los Colorados. Hasta ahí todo bien, pero después, en vez de bajar al sur, vamos a dar en Muisne con unos longos horrorosos de la Ferroviaria de Quito. En Muisne bebimos hasta querer morirnos, Euco. Tomamos el puerco anisado. Después me desperté en Vinces. El rato menos pensado estábamos en Baba y de pronto salíamos de un cabaret en El Guabo. A la tarde caminábamos por Santa Rosa cuando ya había pasado la fiesta.

En todas partes tenía negocios Jaime Chacón, el “Mishi”, para que sepas, el man por el que se pelean las carnes. Compraba papas por quintales en Guamote y las vendía en Macas. Compraba calculadoras de bolsillo, relojes de pulsera, radios portátiles y linternas en Guayaquil y las iba a vender en Sozoranga. Soy ave de paso, Euquito, en ninguna parte hago el nido. A la única parte a que no me voy es a Cuenca, porque Cuenca es como la mujer propia. Cuando te coge ya no te suelta.

–Morlaco hijoeperra– decía amistosamente Euclides Aparicio.

El camionero estaba fascinado con la vitalidad de Chacón. Fascinado además con su manera de hacer y de ser. Jaime Chacón actuaba en todas partes como si estuviera en su casa. Conversaba de todo lo que se podía conversar, bailaba con alegría contagiosa, contaba los chistes más cómicos, jugaba las cartas con destreza y apostaba grandes cantidades de dinero. El maldito vicio, Euclónides. Nunca te hagas vicioso, cojudo, que más pronto se sale del infierno que del vicio.

Pero lo mejor que tenía Jaime Chacón, a los ojos de Euclides Aparicio, era su solidaridad a toda prueba. Era capaz de incomodarse, hasta de perder negocios y relaciones ventajosas, si tenía que ayudar a un amigo en problemas..

Cuando Euclides decidió no cobrarle por los transportes que hiciera en sus vehículos a las mercaderías de Chacón, éste se negó.

–Desto vives, soplavérgulas. El trabajo no se regala. ¡No! ¡No, huevón! Vas a hacer que me haga un aprovechado.

–Eres un asco– se quejaba Aparicio. –Siempre me haces obsequios y no dejas que yo te ayude.

–Aguanta a que haya chance, huevas, pero eso de regalar el trabajo, eso sí que no.

Euclides le esperaba los viernes en la oficina de la empresa, y si hasta de las diez de la noche no llegaba, quería decir que estaba de viaje o que andaba por ahí, emborrachándose con los muchos conocidos y amigos que tenía en todas partes que lo trataban por sus diferentes alias. Le decían: “Mishi”, “Loco Jimmy”, “Niño veneno”, “Gringo falsete”, “Pescado” y las hembras en cambio me dicen “sigue, sigue” cuando están arrechotas.

Era frecuente que el camionero lo esperara hasta más de las diez. Lo esperaba hasta las once e incluso las doce. “Ya ha de venir” pensaba Aparicio deseando la presencia definitiva de Chacón trayendo entre sus manos un llavero de los que Euclides coleccionaba con la estupidez propia de un adolescente.

Tenía llaveros de diversos, tamaños, figuras y colores. Un dado, un guante de box, un camioncito, una sandalia, entre otros; y cientos de llaveros de firmas comerciales.

—Hoy día no te traigo llavero, Huagra. Ojalá te guste lo que te traigo en cambio.

—¿Por qué pues Huagra?

—Así les decimos en mi tierra a los toros salvajes.

—Ya sé, pero yo soy Toro, no Huagra. ¿Qué me traes?

Chacón extrajo de un bolso tres botellitas whisky. —Ojalá te gusten, que no pude conseguir llaveros. D'estas también puedes hacer colección.

—Tan lindas, Jimmy. Chéveres.

—Qué bueno que te gusten.

—Yo tan te tengo un regalo.

—Donde sea que no me quieres cobrar los fletes, te boto crucificando.

—No, hermano, pero crucifijo mismo es.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de ese crucifijo de ancla que vimos en esa joyería?

—Sí creo, ¿qué pasa?

—Que ha'stado barato y te compré. Aquí está.

—No seas tan concha, Euco, no me hagas esta perrada.

—Hijo de puta, si nunca quieres nada.

—Te ha de ver costado caro.

—Salió barato, ñaño, por Dios.

—En todo caso es una perrada.

—¿Por qué pues?

—Porque he de botar.

—Guarda con cuidado.

—Me he de jugar al póker.

* * *

Se salía de las rutas fijas Ambato-Quito o Ambato-Rio-bamba-Guayaquil para buscarlo por los pueblos. Tomaba los fletes a los lugares más incómodos y difíciles de transitar para ver si lo

encontraba en alguna remota aldea. Llegó a irse a Cuenca, ciudad a la que odiaba, para buscarlo. Parecía que Jaime Chacón no hubiera existido nunca. Euclides llegó a llorar, una noche de tragos, por el amigo desaparecido. Y cuando uno de sus compañeros choferes le dijo que llorar era cosa de maricones y peor todavía por otro hombre, el camionero casi lo mata.

Cuando salió de la cárcel Euclides decidió dedicar todo su tiempo a encontrar a Chacón vivo o muerto.

* * *

Cargando dos baldes llenos de aceite, un hombre delgado, vestido con un overol mugroso y puesto sobre la cabeza una sucia gorra, se dirigía a uno de los vagones del tren cuando un sujeto alto y grueso lo detuvo. Jaime Chacón lo evadió y siguió su camino im-
pasible. Una feroz patada en uno de los baldes sacudió el brazo de Chacón que soltó la viscosa carga que se derramó en el suelo.

–¡Qué chucha te pasa!

–Te desapareces, hijo de puta. Te vas sin decir nada y yo buscándote como cojudo por todas partes.

–A mí qué me importa.

–Vámonos de aquí. Regresémonos a Ambato.

–Me quedo, carajo. No tengo nada que hacer en Ambato.

–Te llevo más que sea arrastrándote– amenazó Aparicio.

–Qué te has creído, mamaverga, ¿que eres mi marido?

Euclides Aparicio tomó con violencia del brazo a Chacón que se soltó bruscamente y corrió por la estación hasta dar con una palanca de hierro.

–Suelta eso– gritó el camionero.

–Tas loco, cabrón. Ahora me pagas el silletazo. Y sin que Aparicio pudiera evitarlo, Chacón le propinó tres palancazos en el cuerpo.

Aparicio, apretando los dientes para no quejarse, se arrodilló en el suelo y luego se sentó sintiendo fuertes dolores en ambos brazos y en el hombro izquierdo. –Hijueputa– dijo mientras se sentaba –te andaba buscando creyendo que te habías muerto.

–No quería que me encuentren– gritó destempladamente Chacón.

–Vamos a Ambato– volvió a decir Euclides.

–No, ñaño. Te vas a meter en la peor mierda por mi culpa.

–Tenemos que irnos los dos porque no puedo ir manejando.

Jaime Chacón ayudó al camionero a que se levantara y lo acompañó hasta el vehículo en el que había venido.

* * *

–Ya sabía eso.

Chacón conducía el camión con cierta torpeza. –Y si sabías por qué no me reclamaste.

Euclides Aparicio no contestó.

–Si sabías que pasaba la droga en tus carros por qué puta no me mandaste a la punta de un cuerno.

–Por lo mucho que te aprecio.

–Déjate de huevadas, Aparicio. Ni vos me estimas ni yo tampoco.

–Yo sí.

–Entonces ¿por qué me buscaste bronca?

–Así me pongo a veces. Siento miedo de hacer algo y no estoy tranquilo hasta que no he hecho, para convencerme de que no soy flojo.

–Por convencerte de que no eres flojo casi me mandas al otro barrio.

–Me caías mal. Después nos hicimos amigos.

–Yo no me hice amigo tuyo. Yo te usé para pasar en tus carros la droga. Como todos te conocen que eres derecho, nadie desconfiaba.

–Sí, me imaginé que eso podía ser. Una vez en Ipiales, revisando un cajón con fundas de caramelos que se había abierto, vi de casualidad que había un paquetito. Abrí y había sido pasta. Me puse a pensar que eras un puerco, me di cuenta que sólo así podías dedicarte al juego apostando tanto, pero me quedé callado. Cada cual que haga lo que quiera.

–Me desaparezco y a pesar de que sabes que paso blanca, me andas buscando. ¿Por qué me buscaste?

–Será que eres bueno para una conversada, eres bueno para contar cachos... Tienes labia, sabes dar consejos y, a pesar de ser como las ratas, te portas como la gente.

–¿Vos me estimas mismo?

–No sé bien: eres medio inteligente, ya te digo. Dices cosas profundas de la vida.

–Me dejás pensativo, Toro. Sinceramente, te creía más bruto.

–Yo también te creía más vivo.

–Por no joderte es que me desaparecí. A que veas que a pesar de tenerte pica también te estimo. Por ayudarme te hubieras quedado en la calle.

–Tan pendejo soy que me hubiera mismo quedado.

–¿Me vas a ayudar?– preguntó con cierta prisa Chacón.

–Sí.

Euclides Aparicio hizo un gesto de dolor al acomodarse en el asiento del camión. –Cuando me cure nos vamos a dar de quiños, pero a mano limpia, sin cuchillos ni palancas.

–Ni sillas– añadió Chacón.

* * *

Se dedicaron de lleno al tráfico de pasta de cocaína que llevaban desde el sur hasta el norte. Querían conseguir lo antes posible el dinero que le permitiera a Jaime Chacón cancelar su enorme deuda y rehabilitarse. Euclides no sintió remordimientos por lo que hacía. Como era devoto de Santa Mariana de Jesús le explicó a la santa, arrodillado frente a su altar, que no traficaba por maldad o por ambición sino por evitar que algún asesino desalmado acabara con la vida de su amigo Jaime.

Euclides Aparicio aprendió mucho del violento ambiente de los narcotraficantes. No había, como él creía, una red de individuos comandados por un líder que pide sincronizar los relojes, como se ve en las películas, sino más bien personas con relaciones o contactos que conseguían de los grandes distribuidores pequeñas cantidades de

droga que ellos a su vez vendían a los minoristas, lo mercachifles, viejo, que eran los que se encargaban de negociar directamente con los consumidores.

La competencia era terrible. Las peleas entre rivales eran frecuentes así como los soplos y las denuncias.

Los policías aduaneros tampoco estaban organizados. De tal manera que si un traficante sobornaba a uno de ellos no tenía que esperar que los otros necesariamente lo dejaran circular en libertad. Por ello un traficante tenía que sobornar a varios aduaneros muchas veces para ser detenido más tarde por uno de ellos nuevo, desinformado o simplemente deseoso de una mayor participación en las ganancias del negocio.

Euclides, quien al principio se admiraba de la sangre fría con la que operaba Chacón, con el tiempo actuó con igual tranquilidad y desenvoltura por su cuenta duplicando las ganancias.

Cuando la deuda quedó por fin saldada, Jaime Chacón pudo volver a caminar libremente por las calles y viajar por la carreteras del Ecuador sin peligro. Fue entonces cuando Euclides le hizo una propuesta: que trabajara para él conduciendo un camión ligero. Una Ford 3-50, ñaño, que voy a comprar. Se viaja con comodidad por la dirección hidráulica y la buena suspensión para que no te canses manejando.

Chacón no respondió enseguida. Dijo que lo iba a pensar aunque a lo mejor ya era hora de cambiar de vida.

* * *

Encontradas emociones tenía Euclides. Se sentía orgulloso de haber ayudado, y en cierto modo protegido, a su amigo, pero al mismo tiempo estaba preocupado por la actitud de abandono en la que se hallaba sumido Chacón. El hombre desbordante y vital comenzaba a desaparecer para dar paso a un sujeto blando y desengañado, casi temeroso de enfrentarse con la vida.

La admiración de Euclides por quien fuera su ídolo mermaba rápidamente, pero a pesar de ello (o quizá precisamente por ello) la estimación iba en aumento.

—Qué te pasa, Jimmy.

–Nada, cholo. Me coge un poco la tristeza nomás.

–Qué tal una visita a las ñatas de la Lojana.

–No cholito, gracias.

Chacón dejó su vida transhumante de pensiones y hoteles y se trasladó al departamento de Euclides.

–¿No te molestaré, Euquito?

–Cómo vas a creer, si aquí lo que sobra es el espacio.

Raro, rarísimo lo que sucedía. “Tan huevón que se ha puesto” pensaba Euclides.

Cuando Murió Clotilde Silva, Jaime Chacón lloró desconsoladamente aunque nunca la conoció. Insistió en ser uno de los que llevaran el ataúd al cementerio y cuando Euclides dijo que no pensaba llevar luto por más de una semana Chacón, escandalizado, dijo que era una falta de humanidad y un gran pecado. Eso no fue todo: Euclides cedió los derechos de la herencia dejada por su madre a los parientes más necesitados. No es por mano abierta, Jimmy sino porque estas vainas me hacen tener malos recuerdos. La prima Metáfora, abandonada por su marido y con dos hijos tiernos recibió la casa de Guaranda. Una pequeña propiedad pasó a manos de Demóstenes Bernal quien ofreció los primeros frutos de sus siembras al camionero. Pero los libros de Clotilde Silva se quedaron con Jaime Chacón.

–¿Los libros? ¿Para qué quieres quedarte con los libros?– preguntó Euclides sorprendidísimo.

–Para emocionarme leyendo– musitó casi en trance Chacón.

–Fíjate lo que ha tenido: puro poeta cuencano; los mejores del Ecuador.

–Valen verga.

–Callaraste ignorante– saltó colérico Chacón. –Espera a que oigas esta maravilla de Remigio Romero y Cordero.

–Quita con tus huevadas– dijo, despectivamente, Euclides.

Estas actitudes tan fuera de lo normal hicieron que el camionero dudara de la lucidez de Chacón: –Ta loco.

–Loco de la cabeza– completó el Manuel Guzmán.

–De qué más va a ser.

–De culo. También hay locos de culo.

–Calla, calla.

–Los mecos.

–Ya, ya, cojudo. Estoy hablando en serio. El pobre pendejo está tocado. No averiguo qué es, si ya pagamos la deuda. De sentirse tranquilo y contento y trabajar empeñoso en los fletes, ganando la plata honradamente.

–A lo mejor cuando andaba huido le maleó alguien– supuso el Manual Guzmán.

–¿Crees? Ha de ser mismo. Con decirte que le quiero llevar a donde las ñatas de la Lojana que son de lo mejorcito y ni eso quiere.

–De putas andas, no. ¿Y la Priscilita Oleas?

–Escondida está mi prima– Euclides hizo un guiño. –En cuanto me decida le voy a proponer que nos casemos.

–¿Que se case? Qué va, si no son ni enamorados.

–Un día de estos me declaro– dijo Euclides. –Mientras tanto que se añeje.

* * *

–Unas primas. No son propiamente primas mías sino de mis hermanas, pero yo les digo primas también.

Jaime Chacón asintió desganado.

–Ahora se llevan conmigo mejor que las mismas parientas.

Euclides conducía la camioneta a velocidad moderada para poder conversar sin tensiones pero ante la impasibilidad de Chacón aceleró la marcha.

–Sigue rodando suave– pidió Chacón. –Deja ir viendo el paisaje.

Arboledas de eucaliptos se alzaban aquí y allá. Los sembríos se sucedían separados unos de otros por muros de piedra en los que crecían pencos.

–Son bonitas estas tierras– comentó en un susurro Chacón.

–Nada del otro mundo.

Se mantuvieron en silencio hasta que llegaron a Riobamba. Entraron a la ciudad y se dirigieron al centro.

–Dijiste que vivían por las afueras.

–Voy a comprarles un regalito– informó Euclides.

Entraron en un almacén y luego de tontear un rato el camio-

nero preguntó por el precio de un aparato de radio.

–Para quién es el radio– preguntó Chacón con cierta duda.

–Para mis primas, pues cojudo.

–Eso no se hace.

–¿Quién me enseñó que a las gentes se les hace regalos para tenerles contentas?

–Pero hay que saber regalar. A las hembras se les regala cajas de chocolatinas, un disco de música romántica o si no hasta un ramo de flores, no un radio. ¿Qué van a pensar?

–Legal es lo que dices. Sigo siendo lerdo para estas huevadas.

–Cada día se aprende algo– dijo Chacón sonriendo forzada-mente.

Golpearon la puerta. Un viejo mugriento, vestido con ropas raídas, les abrió.

–Buenos días don Nicasio– saludó Euclides.

El viejo lo miró estúpidamente. –¿A quién busca?– gangugó.

–Ya sabe, don Nico, vengo a verles a sus hijas.

–¡Ah, sí! Pase, pase, ya les llamo. ¿De parte de quién?

–Soy el Euclides Aparicio. ¿No se acuerda?

–Papá, haga que pase– gritó una voz.

–¡Melania!– saludó alegremente Euclides. ¿Y la Priscila?

–Ya mismo baja.

El viejo se retiró al interior de la casa.

–Don Nicasio ni casio me hace.

Melania Oleas festejó exageradamente la ramplona broma de Euclides.

–Cómo estás, primo.

–Aquí viviendo. Espérate. ¡Jaime! ¡Jaime!

Chacón, que había permanecido en la puerta de la casa, entró.

–Te presento a mi pana el loco Jimmy.

–Buenos días– dijo respetuosamente Chacón.

–Buenos días– contestó Melania con turbación. –Pasen, pasen siéntensen.

–Gracias.

–¿Y la Priscila?– insistió impaciente Euclides.

–No seas tan apurado. Cuéntame qué has hecho. Cómo así vienes. Años que no te has dejado ver.

–Ahora les vengo a ver.

–¿Y a la Pili y a la Anita María cómo les va?

–Hacen plata. Dicen que se van a poner otra de esas vainas, cómo le llaman... butiques. Venden bien.

–Ellas sí que se han olvidado de nosotras– comentó, con un dejo de resentimiento, Melania Oleas.

–Pero yo no, primita.

En ese instante bajó por las escaleras Priscila Oleas. Las miradas de Aparicio y de Chacón se clavaron en el bien formado cuerpo de la mujer que se movía con malicia, esparciendo sensualidad. La falda que llevaba se agitaba al compás de sus pisadas. La blusa que apretaba su talle dejaba al descubierto la mitad de sus senos.

–Hola Euclides– saludó con languidez.

–Hola patrona.

Los ojos de la mujer curiosos, inquisitivos, preguntaron por el extraño.

–Mi amigo Jaime– lo presentó Euclides.

–Mucho gusto– dijo Chacón extendiéndole la mano.

–Usted es cuencano– afirmó Priscila Oleas.

–A la orden.

* * *

Extrañas formas de galanteo. Virtuosismo en los detalles, que Euclides jamás hubiera imaginado que existieran, desplegó Jaime Chacón para enamorar a Priscila Oleas.

–Ni bien le conoció se quedó loca por él.

Regalos, invitaciones irresistibles...

–Parecía que le hubiera hecho una brujería.

Delicadeza en el trato, complicidad en la conversación.

–Yo mismo bestia le presento y no pasan ni quince días y ya. El se cura de la amargura y yo quedo jodido.

Don Nicasio aceptó sin mayor problema las frecuentes visitas que hacía Jaime Chacón a su hija. Ni siquiera protestó cuando

se encontró con él tomando el desayuno en la cocina en mangas de camisa.

–Alma de cabrón tengo. Hasta le presto la camioneta para que le vaya a ver.

–Tuya es la culpa, Euclides– dijo el Manuel Guzmán.

–Ya sé, pendejo, ya sé. Lo que pasa es que cómo le voy a negar el carro al Jaime. Con qué motivo. Además ella y yo no éramos nada.

–Ahora es la mujer del prójimo y ya sabes: “no hay que desear la mujer del prójimo” así uno le haya hecho añejar.

–No me hagas acuerdo, hijueputa, que te mato.

* * *

Noches intensas, conversaciones a media voz. Jaime Chacón disfrutaba de la compañía de Priscila Oleas más de lo que él se hubiera imaginado. Le fascinaban sus piernas llenas y duras, sus caderas ostentosas, sus senos perfectos. O sea que son perfectos los que dan justo en la palma de la mano.

–¿Y yo cómo tengo?

–Perfectísimos.

Sus andares irreverentes, su sonrisa provocadora, su fogosidad para hacer el amor. Jaime Chacón pensó seriamente en la posibilidad de casarse con ella.

–¿Casarnos?

–Si quieres.

–Y cuando ya no me quieras me botas y viene el lío del divorcio. No, mejor no nos casemos.

–Como vos quieras.

Euclides Aparicio decidió firmemente olvidarse de su frustrado proyecto. Priscila Oleas ya era de otro. Y ese otro era nada menos que su íntimo amigo a quien no podía hacer una mala pasada. El camionero pensó que lo mejor que podía hacer era buscarse una novia que le quisiera y le respetara, según sus palabras. Intentó muchas veces comprometerse pero sus relaciones amorosas nunca duraban más de un par de semanas. Jaime Chacón, mientras tanto, había recuperado su habitual buen humor aunque había cambiado. Dejó de

emborracharse en las cantinas y de armar escándalos en los burdeles. Se dedicó a trabajar.

–A ver si me compro una casita.

–Anda a vivir en Cuenca– recomendó con rudeza el camionero.

–Qué va. Cómo vas a creer. Tengo que estar cerca de mi patrón, el dueño de las carcachas.

–Cómo cambia una mujer a un hombre– decía el Manuel Guzmán.

–Todas las mujeres son unas putas– decía Euclides.

* * *

Habían bebido toda la noche. Euclides tomó una copa tras otra y hubo que detenerlo porque quiso destrozar el local de la Lojana.

–¡Qué vengan las ñatas para que vean lo que es un hombre! A las dos les doy, una tras otra o a ambas juntas.

Jaime Chacón, ayudado por el Manuel Guzmán y el Lucho Polanco, logró meterlo en la camioneta después de que la Lojana les dijo que si no se iban soy íntima del Capitán Cedillo y les prometo que amanecen en la jaula.

–Euco, qué rico masho.

Euclides intentó articular una frase, pero le vinieron náuseas y vomitó dentro del vehículo.

–Tranquilo, tranquilo– Chacón le dio golpecitos en la espalda. Luego abrió la guantera y sacó un trapo. –Límpiate con esto.

Chacón cerró la puerta del lado derecho, rodeó el vehículo, se subió en él y se marchó. Condujo un par de kilómetros pensando que Euclides dormía, pero el camionero estaba rumiando sus ideas.

–Para aquí.

–Qué te pasa ahora.

–Eres un mal parido, Jimmy.

–Gran noticia me das.

–Todo he hecho por tu bien, mamón, y así me pagas.

–¿Cómo te pago?

–Así pues, así. Sabiendo que pasabas la droga nunca te dije nada. Después hasta me hice dañado para ayudarte y que no te maten. Te llevé a mi casa y me quitas a la que iba a ser mi mujer.

–Vos sabes que mientes.

–No miento. Eres un sucio. Un sucio que me quiso meter navaja y después me cayó a palancazos.

–Calla cojudo, rencoroso. Vamos te boto en tu casa.

–La misma casa donde te doy de vivir.

–Oyeme soplamazo, si me vienes a sacar en cara lo que yo no te he pedido que me ayudes, te me vas a la verga.

–Así pagas.

–Ella no es nada tuyo.

–Pero sabías...

–No sabía nada.

–¿Es que no viste que me moría por ella? Estoy enamorado hasta las patas. No puedo vivir sin ella. No se me quita de la cabeza.

–Ponle música y haz una canción.

–Hijueputa, Jimmy. Yo te quiero, pero me matas con la perrada que me haces.

–Cuidado te me pongas maricón.

–Me quitaste a mi vida, Jimmy, eres un ladrón.

Chacón descendió de la camioneta y comenzó a caminar por la carretera.

–Espérate, huevón. A dónde vas.

Chacón detuvo un bus de pasajeros y lo abordó.

–¡Jimmy! ¡Jimmy! Aguanta cabrón. ¡No te rifes! Qué hijueputa ¡Jimmy!

* * *

La acarició lentamente.

–¿Eso te dijo?

–Sí.

–Nunca hubiera creído.

–¿No notaste que estaba enamorado de vos?

–Te juro por Dios que no.

–Es un guagua. Un guagua grande.

—¿Le dejaste botado en la carretera mismo?

—Sí, ya te digo. Es zorro viejo... le he visto manejar en peor estado.

—Ojalá no le pase una desgracia.

—Oye Prisci, no te quiero acanallar, pero vos virgen no eras.

—De chica.

Chacón rió a su pesar. —Claro, pero no fui yo el que te desvirgó. Perdona, no soy yo el que te hizo mujer.

—¿Te vas a poner celoso?

—No... no, lo que pasa... en fin. Vos no eres una cualquiera. Eres mujer decente pero... o sea... No me vas a entender.

—Yo era chica. No me forzaron, pero no hice con gusto. Del único que me he enamorado en serio es del hombre que está en frente mío.

—Eso ya sé.

—No me han faltado pretendientes. Jaime, ¿qué es lo que me quieres decir?

—Vas a creer que estoy mal de la cabeza... No sé ni cómo te vas a poner. Él te quiere, dice que está enamorado hasta quién sabe dónde.

—Qué se puede hacer. Nosotros nos queremos.

—Vos no quisiste casarte conmigo.

—¿Qué quieres, Jaime?

—Que le correspondas.

—Estás loco.

—Estoy loco. Él es como un guagua. No va a vivir tranquilo nunca. Se va a hacer loco de a de veras. Con todo, vos y yo no podemos durar. Yo soy contrabandista y apostador. Hasta de reventador he hecho.

—¿Qué cosa?

—Nada, que no soy gente decente. No merezco ser de mi familia, más bien dicho que ellos son de lo mejor de Cuenca y...

—Qué me importa que sean lo mejor de ninguna parte.

—Sí son decentes en mi familia... pero yo... Él te quiere.

—Calla imbécil. ¡Eres un maricón!

—Más bien di “cabrón”— precisó Jaime Chacón.

–Maricón, cabrón, ¡qué me importa!– dijo Melania Oleas con progresiva furia. –¡Estúpido! ¡Maricón! Pedirme que me junte con el propio amigo. ¡Maricón! ¡Maricón! ¡Lárgate de aquí! Estás loco. ¡Maricón!

* * *

Sentado en un sillón don Nicasio mordisqueaba un pan y sostenía con su mano derecha un jarro de latón que contenía café. –Ya va a bajar– le informó a Euclides.

Pasaron veinte minutos y al fin apareció Priscila Oleas. Su expresión era dura. –¿Qué quieres?

–Vine a verte.

–¿Ya te manda tu amiguito?

–¿El Jaime? No, él se ha desaparecido. Se fue sin decirme nada.

–Entonces vienes porque sabes que él no te va a encontrar. No te preocupes: él intercede por tu persona.

–¿Qué pasa?– preguntó don Nicasio.

–Nada papá, no se preocupe.

–Priscilita, no estés enojada. Vamos a dar una vuelta en la camioneta y conversemos.

–La mujer se enfrentó al camionero. –No. No me da la gana.

–Te suplico. Una vueltita.

Los vio irse. Los vio llegar. Eran las diez de la noche. Chacón estuvo esperando todo el tiempo fumando innumerables cigarrillos, apoyado en la pared que separaba un solar baldío de otros en construcción.

Euclides se detuvo en la puerta y se despidió de ella dándole la mano. Priscila entró a la casa y el camionero se dirigió a su vehículo.

“No, carajo”, pensó Chacón con inquietud. “Tanto rato esperándoles y joden todo”.

Euclides ya hacía funcionar el arranque cuando ella lo llamó. El hombre se bajó velozmente de la camioneta y la siguió al interior de la casa. Jaime Chacón respiró aliviado.

“Veinte minutos... No, siquiera tiene que pasar media hora, más, unos cuarenta minutos. No, eso ya es mucho. Media hora le espero”.

Incrédulo, Euclides la contempló desnuda. Todo tan extraño: el ambiente era tan distinto al de un burdel. Los olores eran mucho más suaves, la luz mucho más cálida e íntima. Era la primera vez que iba a tener relaciones con una mujer que no fuera una prostituta.

–Ven– dijo ella.

Tartamudeando, Euclides dijo que la quería. Ella lo rodeó con los brazos y lo besó en la boca.

–Soy un abusivo– se encontró diciendo el camionero.

–Estás temblando– dijo ella.

–Un poco de frío siento.

–¿Estás enamorado de mí?

–Desde que te conocí me enamoré.

–¿Y por qué no me dijiste a mí, que era la interesada?

–No sé, por bruto.

Un violento portazo hizo que la pareja se separara. En el corredor, armado de un revólver, Jaime Chacón vociferaba: –Así les quise ver. ¡Mierdas! ¡Traicioneros! Les cogí... pero ahora me pagan.

Euclides intentó dar una explicación.

–Calla, cabrón. ¡Te me vistes!

El camionero obedeció.

–¡No le hagas nada, Jaime!– chilló la mujer.

Euclides salió y se dirigió a las escaleras en tanto que Chacón se acercó al cuarto de la mujer y le hizo un gesto ambiguo con la mano.

–Baja la grada, perro, traicionero con el amigo.

–Déjame te explico– dijo en tono suplicante el camionero.

–Nada que explicar.

Salieron al exterior.

–Jaime, si me vas a matar, déjame al menos...

–No te dejo nada, hijueputa.

–Ya sé que tengo la culpa.

–No, ñaño: yo tengo la culpa por quitarte la novia.

–¿Qué dices?

–Sí, Euco. Vengo a hacer teatro nomás, para que la hembrita no diga que soy maricón y no me peleo por ella.

–Estás rematado, Jimmy.

–Auténtico, auténtico lo que dices– afirmó Chacón al tiempo que se guardaba el arma. –Vos le quieres a ella.

–Jaime, Jimmy...

–Sóbale suave la tetitas, métele la mano por las piernas y no te olvides de morderle el pescuezo. Así les gusta.

–¿Y a dónde vas?

Jaime Chacón le apretó la mano con fuerza: –Nos vemos mañana en Ambato.

TRES

INFIDENCIA

Quito, 28 de octubre de 1984

Sr.
José Neira Rodas
Padre Aguirre 8-37
Cuenca

Pepe:

Sabes que detesto escribir cartas, así que podrás imaginarte mi estado para romper tan agradable costumbre.

Sé que te vas a burlar de que cumpla con los requisitos epistolares de poner tu nombre y dirección, pero si no los hubiera puesto, igual te burlarías alegando que lo hago para parecer diferente.

Te estuve esperando hasta el día quince. No viniste. No es raro que incumplas tus compromisos. Los seres absurdos como tú, que se creen anarquistas, anti-establishment y otras yerbas, son demasiado predecibles: no cumplen y punto. Sorpréndeme alguna vez viniendo. Quiero conversar y beber contigo. Más beber que conversar, porque cuando hablas es imposible hacerte callar.

Creo que esta es una venganza: vas a tener que leer la carta calladito, sin poder darme la contra directamente. Llámame por teléfono, te voy a dejar que me critiques todo lo que quieras.

Inevitablemente tendré que usar un tono confidencial. Voy a justificarme a cada rato. Al grano entonces (¡abajo los lugares comunes!).

Ya no vivo más con mi prima Michelle. Se regresó a México a donde mi tío Georges. Por una parte me alegré. No tuvimos ni una noche de amor tranquila. Tenía terror de quedar embarazada y tener hijos cretinos. Creo que alguna vez ya te comenté el asunto.

Me quedé solo y creí que con la libertad recobrada, siquiera por un tiempo, las cosas me iban a salir bien.

No te cuento de las amiguitas que metí al departamento porque soy muy discreto. Además, ya te puedes imaginar lo que pasó. Lo mismo de siempre: comienzan diciendo que son más liberales que Alfaro (liberadas, digo) y acaban hablando de amor y, peor todavía, de matrimonio.

Algo avancé en la tesis de licenciatura y escribí dos o tres cuentos. Seamos justos: dos cuentos. Quería tu opinión, degenerado, pero no vienes. A lo mejor me haces un favor. Estoy cabreado de las estúpidas conversaciones literarias, ideológicas y demás mierdas.

No te imaginas el trabajo que me cuesta contarte lo que termino de vivir. Necesito desahogarme, sentir la intimidad a los años, pero he perdido la imaginación.

Estoy contaminado, hermano.

Discúlpame que haga unas cuantas consideraciones innecesarias. Creo que esta sociedad en la que vivimos tiene algo de criminal y desesperanzador. La desconfianza, la imposibilidad de comprender a la gente.

Los aparentes cambios en la manera de pensar de la “opinión” de esta época, son sólo disfraces para ocultar un mundo dividido en miles de seres frustrados. ¿Te has puesto a pensar en la cantidad de personas que andan por la calle y que no conocemos y que no nos importan?

Los políticos hablan del pueblo que es como una gran familia. Hijos de puta. Sabemos que esa es una ridícula abstracción comparativa. No sigo, estoy bordeando mi propia demagogia. La gente dice una cosa, piensa otra y hace otra. Yo quisiera saber que es lo que piensa alguien, una persona equis (¿te acuerdas del fulano X?) cuando habla con uno.

Llegué al punto en el que mi ideología vacila (del verbo vacilar: dudar, mantener el equilibrio con dificultad. El otro verbo debe

ser bacilar: molestar a una guambra. Viene de bacilo, preferentemente anaerobio).

No me defino. ¿Soy el revolucionario joven que lucha, etc., o el hijo conformista de un empresario francés y la señora Larrea, reaccionarios los dos como los aviones a chorro? Finalmente aprendí a usar los signos de interrogación.

Me has influido sólo en lo negativo, don Pepe. Tú de mí, en cambio, has sacado mucho. Me plagias las ideas. Mi desgracia es que no redactas tan mal como yo.

Está bueno ya, menos recriminaciones. Te decía que esta estúpida sociedad no es una comunidad. Todos competimos. Bien dice el Víctor Manuel en una de esas cancioncitas cursis: “Esta sociedad es un buen proyecto para el mal”. Lo malo es que yo ya no sé cuál sociedad es la buena. Todas son coercitivas, aplanantes, bajoventrales. A lo peor así mismo es de ser. Tú dirás: vade retro, pesimista, yo diré que como estoy poco polémico no tengo más argumentos.

Dejé de escribirte por más de una semana. Recomienzo esta carta y no sé si te la voy a enviar. Releí lo dicho (lo aquí expuesto) y me sorprende por la incoherencia que últimamente me caracteriza. Literario ¿no?

Anoche traté de localizarte por teléfono para contarte que te estoy escribiendo, pero no hubo cómo. Nadie se comunica con Cuenca. Viven en otro planeta. Cautivos es que están, malditos.

¿Notas ese aire de temporalidad en el texto? Hegel hubiera dicho que para eso mismo somos hombres de nuestro tiempo. (Menos el Marco Bautista. Él es eterno). Kant hubiera considerado no sé qué cosas del tiempo interior.

Es una mierda la civilización. Y la historia es peor porque en ella se reúnen, como en un mugroso burdel, las peores alimañas. Acabo de arrepentirme de mi comparaciónseudomoralista, pero ya la escribí.

Pepe, voy a dejar de divagar (sería mejor dejar de vagar). Voy a dejar de irme por las ramas (¿Las rameritas se andarán por las ramas?). Te voy a contar lo que me tiene angustiado. Nada de realismo mágico o socialista, peor todavía fetichismo furioso.

Estuve trabajando en el Ministerio de Educación, Cultura, Deportes y otras cosas horrosas. En el programa de alfabetización. ¡De algo tenía que vivir! Ahora estoy sin trabajo.

Mi padre está desesperado conmigo. ¡Eres un botado! exclama furioso con sus cómicas eggues. Mi hermano François viajó a Bélgica con una beca. Estudiosito el pendejo. Denise trabaja en la sinfónica. Sólo yo soy el paria, el sudra, la oveja negra (racistas). No me gradúo. No duro en los empleos. Estoy peleado con toda la colonia francesa. (No todos son tan chispeantes como Rabelais, la mayoría son saloneros o peluqueros). En fin, para qué sigo.

Estoy desterrado en un departamento que paga mi madre a escondidas de mi padre. ¿Quieres saber cuánto, para que digas con cifras exactas que soy un parásito? Paga quince mil sures mensuales. Te juro. No estoy plantilleando. No te doy más detalles. Debes estar disfrutando como los abogados. “La felicidad de una persona es directamente proporcional a la desdicha de otra”. Teorema del Marco Bautista.

Me he preparado. Ahora sí.

Por motivos netamente laborales desplazéme una soleada mañana a San Pablo del Lago, provincia de Imbabura. Debía estar dos semanas allí y volver con un informe. Tenía que hacer varias inspecciones.

No te describo el pueblo porque no estoy inspirado (estoy más bien transpirado). (Perdóname tanto paréntesis).

Quién sabe lo conozcas. Como habrás brillantemente deducido hay un lago. El monte Imbabura se levanta majestuoso para defenderlo. ¿De qué? De algún secular enemigo, me imagino.

Llegué a las once de la mañana y me fui al colegio encargado de la alfabetización del sector. Me indicaron que debía comenzar a inspeccionar en una parroquia cuyo nombre no puedo acordarme, en donde no vivía un hidalgo. Fui.

Vuelvo con el paisaje. Es un lindo, vieras. Todo verde: los arbolitos, las vaquitas, los campesinos. Muy folklórico.

Encontré la parroquia. Entré a la Tenencia Política a preguntar por un tal profesor Regalado que, según me informaron, siempre pasaba allí. No estaba, pero en cambio estaba la mujer más impresio-

nante que yo he visto en mi vida. Se encontraba detenida acusada de haberse robado unos aretes. Qué te digo, Pepe, hermano. Me quise robar a esa mujer. Írmela llevando para mí solito, como quien se encuentra algo en la calle o en una oficina del gobierno y se lo lleva.

Le pregunté al teniente político que qué iba a pasar con ella y me contestó que iba a la Cárcel de Mujeres. No sé qué pasó. Lo cierto es que me olvidé del asunto al que había ido. Sin reflexionar le estaba pidiendo, rogando al teniente ese que la dejara libre, que yo servía de garantía, que yo pagaba el monto, así dije, el monto de lo robado. El gusano me vio como si fuera de Marte ¿ne marte ne quién? y se negó. Se puso hasta atrevido sintiéndose autoridad. Entonces, como en las más infames películas de acción, le di al indio un puñete en el hocico que le mandó al suelo. Le agarré a ella de la mano y nos escapamos.

Es difícil que me creas porque en la boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso, pero te juro que es cierto.

Es la mujer más extraña del mundo. No decía una sola palabra. No me dijo ni cómo se llamaba. Nadie ha sido ni va a ser tan impasible como ella. El mot juste es: “exasperante”. Yo le comía a preguntas y nada.

Cuando llegamos a San Pablo dejé el carro estacionado frente al colegio alfabetizador y le pedí al conserje que por favor le entregara la llave al rector.

Con miedo de que me agarre la policía por ayudar a escapar a una delincuente (imagínate: yo cómplice y encubridor de alguien) la traje acá a Quito en uno de esos buses de la Flota Imbabura.

Me imagino que cuando llegues a esta parte vas a decir que soy un pobre imbécil. Hubiera querido que la conozcas. Algo anormal había en ella. A ratos su belleza era intolerable, más que su belleza misma, su atractivo. Tenía una sensualidad inconcebible.

Se dejó llevar por mí impasible, como te dije. Llegamos a mi departamento y le preparé algo de comer. Comía sin verme. Sólo veía el plato. Sin contenerme me acerqué y la besé. Ni siquiera se puso tensa o rígida, nada. Dejó que la besara.

No sabía qué hacer. Destapé una botella de ron y serví dos copas. Le di una copa y por primera vez habló. Dijo: “no ahora” con una voz, una voz de absoluta tranquilidad y dominio.

Como nunca, me sentí náufrago y vulnerable. Supe desde ese instante que estaba en la mierda. Sentí que estaba irremediablemente perdido. Pensé en ti, desgraciado, pensé en lo que hubieras hecho con la soberbia que te cargas. Te hubiera ido mal.

Arrodillado ante ella, insignificante, oí lo que decía: “Mari-cruz Reibán, veintidós años, colombiana, ladrona, drogadicta”. Había un dolor tan espantoso en su voz que su expresión tranquila (la de su cara) resultaba chocante.

Hermano, Pepe Neira, te he oído decir mil veces que no respetas a nadie, sé que te alegra decir que no tienes amigos. Comprensible, pero trata de captar mi angustia. No uses mis confianzas para hacer tus cuentos.

Parece cierto que tenemos un sola vida. Cuando estamos aburridos creemos que es muy larga, pero cuando las cosas se acaban sentimos que es cortísima. ¡Filosofía de velorio!

Mi breve vida con ella ha sido lo más fuerte que me ha pasado. Quedé destruido cuando se fue.

Nos encerrábamos en el dormitorio para vernos, para conocernos, pero yo no pude conocerla. Ella me exploraba por todas partes. Se dio cuenta de todo: de mis temores, de mis fracasos, de mi falsa arrogancia. No buscaba una simple explicación de mis motivaciones, iba más allá de mi interioridad. Y yo no pude nunca entrar en ella.

Más de una vez, haciendo el amor, desaparecía, se esfumaba mientras yo peleaba con ese cuerpo, cómo puedo decir... tengo que usar palabras vacías. Peleaba con ese cuerpo insensible. Si le reclamaba, ella encogía los hombros.

Estuvimos en los huecos más inverosímiles. Creí que si me habituaba a su ambiente lograría entenderla. No lo conseguía.

Los chullas se morían de envidia de mí cuando nos veían juntos. No saben lo que es vivir con ella. Yo traté por todos los medios de que se enamorara de mí, de que se quedara conmigo.

Le pedí plata a papá. Se negó a dármela. Denise me prestó cincuenta mil y no sé de dónde voy a sacar para devolverle.

Le compré ropa, perfumes y pendejadas (a Denise no, a Maricruz). La desvestía en el cuarto y le iba poniendo la ropa comprada.

Parecía que lo que estaba haciendo era jugar a las muñecas.

¡Qué puta tan maldita!

No aguanté más. Un día que estaba furioso le di una paliza de concurso. Ella como si nada. Le dije que se largara y cuando se iba corrí a rogarle que se quedara.

No sé qué más decirte. No sé cómo explicarte. Esto que he escrito no es todo. Falta mucho que decir. No sé cómo y eso me amarga.

Me fui a esconder en la casa de mis papitos. La dejé abandonada en el departamento. A los tres días volví deseando que estuviera, implorando supersticioso a algún maldito santo que estuviera. ¡Qué imbécil! Se había ido.

Quiero verte, Neira. Quiero que nos emborrachemos. Quiero que tú y Viviana me atiendan bien, que me mimen.

Voy a Cuenca. No vengas. Yo voy.

Todavía te aprecio.

Jean-Jacques Dulloca

LA GRAN EMPRESA

Debo decir, honradez obliga, que la idea no fue originalmente mía. Se le ocurrió primero a Gog, el personaje de un libro de Papini precisamente titulado «Gog».

Pese a que este ilustre predecesor fracasó en el intento industrial que se había propuesto llevar a cabo, creí que con un poco de suerte y otro poco de audacia podría salir avante (así habla un hombre de negocios que surge) en mi proyecto.

Es hora de que diga ya en qué consistía la interesante actividad, que en caso de tener éxito, me catapultaría a la gloria, la fama y, por qué no decirlo, a la opulencia: la industria poética a gran escala.

Mis modelos a imitar, aquellos a quienes yo más admiro, son los autores norteamericanos de best-sellers. Esos hombres y mujeres que con un mínimo de tramas argumentales consiguen fabricar libros como si se tratara de embutidos. Por supuesto estos distinguidos hombres de negocios poseen una tecnología envidiable. Enormes archivos de consulta; libros acerca de todos los temas; bancos de datos cumputarizados con tambores de memoria. Además personal capacitado se encarga de cazar noticias interesantes, lo que permite ahorrar considerablemente el trabajo produciendo a la máxima capacidad en un mínimo de tiempo.

Los temas son inagotables. Simplemente se repiten, cambiando los nombres de los personajes y alterando ligeramente las situaciones muy memorables. Una vez establecido el patrón argumental, éste sirve como modelo o matriz para los subsiguientes trabajos.

Todas estas consideraciones me impulsaron. Ya era hora de incorporar la técnica moderna a las labores en nuestro medio. Decidí emprender mi actividad... lejos estaba de imaginar cómo se irían a desarrollar los acontecimientos.

Mi primer paso fue consultar a Marco Bautista, hombre extraordinario poseedor del mayor talento viviente; especie de Ireneo Funes, pero no de los acontecimientos triviales sino de los más difíciles aspectos filosóficos concebibles por el hombre.

El destino, propicio para mí, debió hacer que encontrara a Marco el mismo día en que afanoso lo buscaba. Lo vi desde lejos y lo reconocí por la abundante cabellera que parece perseguir a su cabeza.

Atravesé imprudentemente por la avenida. Todos sabemos que la avenida 10 de agosto es muy peligrosa, pero es que Marco se internaba en el parque de El Ejido y yo necesitaba exponerle mis planes y proyectos a tan ilustre miembro del género humano. Corrí tras él y cuando logré darle alcance lo llamé. Marco se volvió serenamente. ¡Qué hombre! Dueño de esa especial seguridad que tienen aquellos que lo saben todo.

—Marquito— debo haber dicho. —Tengo que hablarte con urgencia.

Con un gesto displicente me dio a entender que estaba dispuesto a escucharme. Siempre se siente un gran placer en dialogar con él. Es un hecho. Jamás toma las actitudes pedantes, o peor aun, intimidantes que tienen algunos sabios a pesar de llevar sobre sus hombros treinta siglos de saber grecorromano, cincuenta siglos chinos y cuatro mil quinientos millones de años de rotación terrestre. Hombre erudito, hablaba pausadamente, enseñando a medida que brotaban de su boca las sonoras palabras, impulsadas por los pulmones y dirigidas por el cerebro.

—Marquito, se me ocurrió una idea genial.

—¿Otra?

—Una.

—¿Qué tan genial?

—Escúchame con atención, porque esta idea va a revolucionar, bueno, no tanto, pero sí a cambiar el panorama cultural en esta

parte del globo terráqueo. Es una reivindicación del poeta, algo que ni te imaginas. Un negocio redondo.

Marco sonrió con benevolencia al oírme hablar tan atropelladamente y con su característica parsimonia me pidió que hablara con claridad: –De qué mierda hablas, Negro.

Tengo que detenerme un momento para explicar esto de “Negro”, aunque para ello tenga que hablar de mi insignificante persona. Yo me llamo Laureano Arcos y me dicen “Negro Laureano”, cosa bastante tonta, puesto que mi piel es de color café. Oscura, oscura, (la piel) pero café. Creo que hasta el mismísimo Marco, hombre de milenaria sabiduría, comete un error al llamarme así, porque, si los que me llaman “negro” me catalogan dentro de categorías raciales deberían llamarme “indio” porque yo tengo cara de indio. Mi nariz es larga y quebrada, las de los negros son chatas. Mi cabello es bastante lacio y el de los negros es azambado. Además yo llevo con gran orgullo la sangre americana tan compadecida por el benemérito padre Bartolomé de las Casas.

Después de esta digresión continuó relatando mi encuentro con Marco.

–Verás, hermanito del alma, descubrí... bueno, descubrí es mucho decir. Rescaté una idea olvidada en el fondo de los baúles literarios.

–Menos lata.

–¿Te acuerdas de ese libro de Papini, el Gog?

–No.

–Pero Marco, si tú has leído todo.

–Ya te digo que no.

–En ese libro el autor cuenta como el protagonista se pone una fábrica de poesía.

–¿Y qué?

–¿Cómo, “y qué”? Que pienso hacer lo mismo. Claro, no a lo loco, sino con tu valiosa asesoría.

–Y yo ¿qué diablos puedo hacer?

–¿No te das cuenta? La gloria, el éxito, la riqueza nos esperan.

Era hombre duro de convencer. Un ermitaño como él solo. Desdeñaba las vanidades superfluas de este mundo. Por lo tanto era

difícil que consintiera poner su talento único al servicio de alguien como yo, un ser alienado y envilecido.

–Ándate a la mierda.

–Pero Marquito...

–Te voy a dar un consejo: olvídate de tu famosa idea.

Calculé que era el momento propicio para hablar de los admirables autores de best-sellers.

–Negro baboso. En primer lugar “best seller” quiere decir: “éxito de librería”; literalmente significa: “mejor vendido”. No es una clasificación literaria. En segundo lugar esos libros, o la gran mayoría de ellos, son fáciles de digerir. No necesitas pensar para leer esa basura. Una cosa son las novelas estereotipadas y otra los poemas. ¿O vas a fabricar también novelas?

–No, novelas no porque son muy demoradas de hacer, en cambio los poemas se hacen al vuelo, son huevos de escribir. Todos tenemos sensibilidad poética ¿no? De poeta, médico y loco, todos tenemos un poco.

–¡Qué Negro tan comemierda! Entiende, jamás en la vida a los rapsodas, juglares, bardos, versificadores, autores de cancioneros y cualquier otra clase de poetas de oficio les ha ido bien económicamente. Más claro, creo que nunca les va a ir bien. Siempre se los ha tratado como a los perros... eso cuando no se los ha matado. Unos pocos fueron charlatanes capaces de divertir brevemente al público. Digo brevemente porque no podían quedarse mucho tiempo en un mismo lugar. Fue un mal negocio desde épocas inmemoriales. Vinieron otras épocas. Los poetas se vestían como espantapájaros, usaban capas negras y estrafalarios sombreros. Bebían como esponjas y morirían tísicos. Época heroica pero mal negocio.

En nuestros días por más que se publiciten, por más que quieran ser las vedettes de la cultura, tienen que conseguirse alguna ocupación, generalmente en el servicio exterior, en el magisterio o en la prensa porque si no, se mueren de hambre. Mal negocio.

–Te imploro, Marquito, no seas tan cruel, no me desanimes. Si no quieres participar en mi empresa ayudándome con un poco de capital, por lo menos aconséjame, guíame, indícame lo que debo hacer.

Mi interlocutor pensó unos instantes haciendo funcionar su maravillosa mente y dijo estas inolvidables palabras: –El domingo estoy libre. Te espero en mi casa para conversar.

Eso fue todo, pero qué promesas encerraban aquellas frases.

* * *

No por mucho madrugar amanece más temprano, pero el día domingo me levanté al rayar el alba. Pensaba con excitación en la maravillosa conversación que sostendríamos Marco, egregio intelectual, y yo, simple aspirante a empresario cultural.

Con aire meditabundo, Marco Bautista me recibió sentado en la posición de loto en la alfombra de su estudio. Leía con interés antiguas revistas, según pude colegir por las portadas. Se documentaba, sin duda, sobre acontecimientos históricos sucedidos a principios de siglo.

–Buenos días, Marco. ¿Qué lees?

–Te perdí en el verano.

–¿Interesante?

–Crucial– respondió. –Siéntate.

Obedecí con presteza.

–Primero lo primero, ¿estamos?

–Claro.

–Yo no sé qué es exactamente lo que quieres hacer. Tengo entendido que de un tiempo a esta parte diversos grupitos culturales han fundado talleres literarios.

–Sí, Marquito, pero ellos son aficionados, no profesionales como lo que yo pretendo ser. Son simples hacedores de poesía al por menor. Individuos que apenas comienzan a experimentar con la materia que yo, modestia aparte, domino. Además, disculpa que me porte críticón, pero esos lugares son antros de chismorreos. Biombos para que las señoras aburridas se libren de sus maridos.

–Me estás tomando el pelo, Negro. ¿En serio hablas de poner, como dices, una fábrica de poesía?

–Nunca he hablado más en serio.

–Tú estás loco, Laureano. Pensé que era una de tus ocurrencias.

El gran hombre dudaba de mí, por lo que creí conveniente hacer patente mi enojo.

–Si sigues con esa cara de burro en aguacero, te la parto.

Ante tan efectiva forma de persuasión, cedí. –Tú has de ver creído, Marquito, que yo quería hacerme de un grupito de poetas y andar de acá para allá recitando cuatro pendejadas y recibiendo plata en un sombrero. Nada más alejado de la realidad. Yo quiero algo técnico, algo preciso. Una empresa comercial, registrada y todo eso.

Los ojos de Marco se abrieron como platos.

–Tengo la intención de solicitar un crédito de alguna institución y abrir una oficina para recibir encargos poéticos que yo mismo me encargaría de hacer, perdona la redundancia. Claro es, tendría la necesidad de personal administrativo. Una secretaria, por ejemplo.

–Estás chiflado. La poesía no es artículo de primera necesidad.

–Es una mina de oro, querido amigo.

–¿Pero quién diablos te va a encargar que hagas poemas?

–Marco, hombre. Me sorprende que alguien de tu gigantesca talla intelectual, alguien con tanta perspicacia no se dé cuenta. Yo me explico que los pensadores no se preocupen mucho de estas cosas comerciales, pero está claro como el agua que todos necesitamos de la poesía. Y, en el remoto caso de que nadie la necesitara, para eso está la publicidad, encargada de crear necesidades.

El gran Marco no pudo reprimir un silbido.

–Te voy a explicar, disculpa si soy tan atrevido, pero ¿tú sabes cuántas asociaciones, empresas, instituciones, clubes, partidos políticos, ligas parroquiales y demás hay en este país? ¿Calculas? Miles. Un agente de relaciones públicas, que al principio podría ser yo mismo, recorrería, con las guías industriales y comerciales a la mano, por todo el Ecuador. Conversaría con los gerentes para convencerles de que sus empresas necesitan un himno, por ejemplo, o si no de poemas alusivos que aconsejen a sus empleados. ¿Te imaginas? Lindos poemas impresos o manuscritos colgando de las paredes de las fábricas y de las oficinas, recordando los deberes del trabajador para con su empresa, su patria y el mundo.

–¡Qué Negro tan salvaje!

—¿Cuánto congreso se lleva a cabo aquí en Quito? Y un congreso no puede quedar olvidado así como así: necesita algo que lo perennice. Congreso odontológico, zas, un poema. Congreso de ingenieros eléctricos, otro. Congresos de servidores públicos, de enfermeras, de cardiólogos, de secretarias, de choferes. Poemas y más poemas.

—Si no te oyera...

—No me hagas perder el hilo, Marquito. Esa sólo sería una parte del trabajo. Podría ir de casa en casa entrevistándome con cada jefe de familia para asegurarles que necesitan algo que cante las glorias de sus antepasados y de ellos mismos.

—Espérate un rato.

—No, Marquito, ya termino. También están los poemas de ocasión para conmemorar nacimientos, bautizos, cumpleaños, santos, primeras comuniones, fiestas rosadas, grados, matrimonios, hasta divorcios, no, divorcios no. Bodas de plata, bodas de oro, defunciones. Tú no te imaginas cuánto deben sufrir quienes quieren celebrar alguna fecha significativa pero no tienen vena poética. Conmigo se solucionarían esos problemas. Yo podría satisfacerlos inmediatamente.

»Bueno, hasta aquí te expongo mi plan general de operación. Ah sí, me olvidaba: voy a mandar a imprimir unas tarjetas con mi nombre y el de la empresa. También voy a publicar, cada cierto tiempo, propaganda en los periódicos. Quisiera anunciar todos los días, pero resultaría muy costoso.

Mi gran amigo, el futuramente legendario Marco Bautista se levantó del piso y mirándome de extraña manera me dijo: —Laureano, tienes todo mi apoyo. Esto no se puede quedar en meros proyectos. Tienes que salir adelante. Mañana mismo nos reunimos con mi amigo Jacobo Duloc y discutimos todo lo que haya que discutir para poner en marcha tu fábrica.

* * *

El señor Jacobo Duloc vive en el sexto piso del edificio XIO-MARA, sito en la avenida 12 de octubre y alguna otra que no me viene a la memoria, esquina.

En aquel lugar se desarrolló una conversación histórica que guardaré por siempre en mi memoria y en los anales de mi empresa a la que decidí bautizar con el nombre de «POESÍA PARA TODOS» SOCIEDAD ANÓNIMA, abreviando «POPATO» S.A. Un nombre respetable.

Debo anticipar que la reunión, a pesar de su alto nivel, fue informal y muy alegre. Especialmente para Marco y el señor Duloc a quien le dicen Shan Shaks.

Llegué al edificio con un portafolio bajo el brazo y le pregunté al portero por el señor Duloc. El portero me estudió detenidamente antes de indicarme cómo debía llegar a mi destino.

Confieso que estaba muy nervioso, después de todo íbamos a discutir acerca de mi porvenir, ultimar detalles tal vez, pero en cuanto fui recibido por este caballero mi temor se disipó. Era un hombre joven, alto, bien parecido. Se lo dije y me extrañó que preguntara: “¿Bien parecido a quién?”. Su pelo ensortijado era de un violento color rojo.

Me ofreció gentilmente algo de beber. Naturalmente acepté. En eso sonó el timbre de la puerta.

–Anda abre– me pidió con familiaridad.

Al abrir la puerta sentí gran alegría al encontrar a Marco, que venía algo tarde pero buen amigo y cumplidor.

Es difícil para mí hacer el recuento de todo lo que se dijo en aquella reunión. Dos genios especulando, elucubrando, aconsejando, abrumando a cualquier mortal. Trataré, sin embargo, de reconstruir la conversación.

–Así que éste es el famoso poeta total– dijo Duloc.

–Vivito y coleando– repuso Marco.

–¿Cómo dijiste que te llamabas?

–Laureano Arcos– respondí.

–Dile “Negro”– sugirió Marco.

–Antes de nada, Negro, permíteme que te felicite por un asunto tan fuera de serie como este. ¿Por qué no se me ocurrió a mí?

–Si usted quiere le hago partícipe de mi empresa.

–No hermano, la gloria es tuya y sólo tuya. Nosotros nos limitaremos a ayudarte en todo lo que podamos. Hablé anoche con Marco y me contó que lo tienes bien pensado.

–Favor que me hacen... al preocuparse por mí.

–Pero cuenta, cuenta. ¿Qué tienes preparado?

–Bueno... es un poquito largo...

–Dale, hombre, tenemos tiempo.

Comencé mi disertación emocionado pero no había dicho ni tres frases cuando mis queridos oyentes comenzaron a reír. Algo me sorprendí, sin embargo el hecho de regocijarse a tan insignes lumbreras me regocijó a mí también.

Les describí mi oficina: moderna, elegante. Y yo, sentado en un sillón, atareadísimo, componiendo versos. El teléfono sonando, la secretaria informándome de los pedidos. Centenares de pedidos de poemas, ora para celebrar el vigésimo tercer aniversario de un colegio, ora para exaltar las virtudes de un hombre público.

Duloc reía más y mejor. Por un momento llegué a temer por su vida pues, congestionado por tanta carcajada sucesiva, se atoró en su propia saliva. Marco tuvo que palmearle la espalda. Cuando les pregunté si creían conveniente que hiciera algún tipo de promoción como por ejemplo al cliente número cien ofrecerle un poema gratis, no obtuve respuesta.

Duloc, ya calmado, me pidió disculpas por lo que él consideraba una descortesía. Para desagraviarme, me dio valiosos consejos: –Negro, antes de nada, tu negocio requiere material bibliográfico de consulta de primera línea: diccionarios de rimas, diccionarios de sinónimos, de arcaísmos, hasta de idiotismos.

–Además– acotó Marco, –en tu archivador no pueden faltar unas cuantas decenas de miles de licencias poéticas, de figuras, de tropos.

–Sí, claro– dijo Duloc. –Archivadas bajo la letra “eme” las metáforas; la “hache”, hipérbaton e hipérboles; la “e” elipsis; y así, clandestinamente.

–Bien archivaditas– recomendó Marco. –Y cuando tengas un ayudante puedes pedirle que te pase unas cuantas metonimias del cajón de la derecha.

Agradecido como el que más anoté lo que me dijeron en una libretita que previsoramente llevaba. –Eso era lo que quería– exclamé alborozado; –ese tipo de ayuda.

–¿Y tienes preparado algún material?

–En este portafolio traigo algunas de mis creaciones.

–Entonces ¿qué esperas para recitarnos tus poemas?– preguntó animadamente Duloc.

–Siento un poco de vergüenza– argumenté.

–¡Carajo!– reclamó airadamente Marco. –¿Cómo es posible que tengas vergüenza de darnos a conocer tu obra? ¿Así te vas a poner con los clientes?

Tuve que admitir que, una vez más, el hombre tenía razón. Armándome de valor extraje de mi portafolio unos cuantos textos poéticos.

Pidiendo permiso a la audiencia, ella sí selecta, leí con clara voz uno de mis trabajos.

–Este opúsculo lo hice en honor de un apreciado ex-condiscípulo mío.

ODA AL DOCTOR MARCELINO FARÍAS (flamante graduado de Cirujano-Dentista)

Cinco años de estudio han pasado
cinco años de gran sacrificio
mas tu aprendiste el oficio
de hacer dentaduras con garbo.

Después de leída la primera estrofa mis oyentes reían tanto que fui yo el que tuvo que golpear sus espaldas. Confieso que no fue muy caballeroso de mi parte hacerles el favor con tanta fuerza.

–La muestra que sigue la hice como un ensayo. Por lo tanto el club al que aludo no existe en la realidad:

AL CLUB DE TIRO «MANHATTAN»

Preparo, apunto y disparo.
Acierto pues doy en la diana.
Me alegro en tan bella mañana
tranquila y sublime de mayo.
¡Oh Manhattan! el gran club de tiro...

Tuve que callar. Me pedían a gritos que me detuviera alegando que estaban al borde del colapso. No pude entender a qué se debía ese ataque colectivo, séame lícito utilizar la palabra, de historia.

–Góngora, Quevedo y San Juan de la Cruz te quedan tachuelas– declaró Marco Bautista después de respirar hondamente.

–Exageras, no soy más que un artesano.

–¡Qué va! A tu verba caudalosa no la iguala ni Virgilio.

–Y hablando de clásicos ¿recuerdas a Horacio?– preguntó Shan Shaks a Marco.

–¿A Horacio Mantilla?

–A Quintus Horatius Flaccus cuando dice: ”Humano cápiti cervicem pictor equinam / Júngere si velit, et varias indúcere plumas”.

–Calla, calla, hombre; mejor acuérdate cuando habla de las virtudes del estilo: “Súmite matériam vestris, qui scribitis, æquam. / Viribus, et versate diu-quid ferre recusent. / Quid váleant húmeri. Cui lecta potentet erit res. / Nec facúndia déseret hunc, nec lúcidus ordo”.

–Perdonen– los interrumpí, pues temía que siguiesen por los insidiosos vericuetos de la cultura y se prolongaran indefinidamente.

–Humildemente les pido que me expliquen qué es lo que dicen.

–Superfluosidades.

–Boberías, cosas sin la menor importancia. Lo que importa verdaderamente es el uso que tú vas a dar a las palabras– dijo Marco.

–Esperamos de ti lo más elevado: que tus sonetos sean perfectos; tus odas excelsas; tus silvas, sublimes; tus elegías, profundas. Sé cadencioso, yámbico y cuando puedas trocaico.

–Que brillen los alejandrinos, que canten los octosílabos, que resuenen los endecasílabos.

–Te recomendamos comprar un calibrador de axis y un medidor de hemistiquios. La métrica es importantísima.

–¿Y dónde puedo conseguirlos?

–Los fabrica un poeta guarandeño muy hábil, ciertamente. Se llama Vicente Marín. Ve a Guaranda a ver si consigues que te los venda.

–¿En Guaranda dicen? ¿No saben la dirección exacta?

–Pregunta por él. Quien boca tiene a Roma llega.

–Si es cuestión de boca yo llegaría hasta el Japón– comentó

Marco.

–Bien, bien– dijo el anfitrión. –Después de tanta cosa dicha da sed. Es lunes ¿no? Pero no importa. Hay que celebrar este fausto acontecimiento. Propongo un brindis por la salud y el éxito de Laureano.

Brindamos repetidamente. Conversamos de intimidades que no son del caso consignarlas. Shan Shaks dijo que le hubiera gustado que esté presente alguien de apellido Almeida o Neira a quien le hubiera fascinado conocerme.

–¿Te gusta la poesía moderna?– me preguntó Duloc.

–¿La que se escribe ahora?

–Claro, ¿qué otra?

–Es que el modernismo no es tan actual que se diga.

–Aguda observación– dijo Marco provocando mi satisfacción.

–Basta, par de idiotas. Dije “moderna”, no “modernista”. Estoy hablando de las últimas tendencias poéticas.

–Mal tiempo para la loquería, perdón, la lírica– dijo Marco.

–La causa es que hay una superabundancia de hijos malhabidos de César Vallejo y Pablo Neruda.

–¿Qué piensas, Negro?

–Con el permiso de ustedes, me atrevería a afirmar que muy poco de lo que se escribe en la actualidad tiene valor.

–¿Valor comercial?

–Por favor, no llevemos siempre el agua a mi molino. Digo que, si bien es muy sencillo hacer poesía, a los poetas actuales se les ha ido la mano.

–¿Qué quieres decir?

–No lo vayan a tomar a mal. No creo que todo pasado fue mejor: la historia nos enseña que el pasado era tan o más duro que el presente...

–Habla de una vez.

–Bueno, yo sé que siempre ha habido malos poetas, pero creo que antes quienes se metían a escribir se tomaban más a pecho el estudio de los secretos profesionales.

Marco y Duloc cambiaron totalmente de estado de ánimo. Olvidaron las sonrisas y me prestaron atención.

–Yo, modestamente, he descubierto que la casi totalidad de los bardos actuales, lo único que hacen es juntar palabras.

–Toda la vida he creído que eres un pendejo– declaró Marco. –Pero tu última afirmación es auténtica. No pretendo decir cómo se deba escribir poesía, pero creo que lo mínimo que se le puede exigir a un poeta es que su obra tenga dinámica interna.

–¡Detente! tus palabras pueden provocarme una indigestión– dijo Duloc.

–Por favor–. Marco se impacientó. –Quise decir que debe existir una voluntad creativa que, aunque no esté exenta de contradicciones; aunque no sea comprensible para muchas personas, comunique, persuada, ataque, complique a los seres a quienes está dirigida. La poesía tiene el poder de destruir las lógicas impuestas y de desarrollar una lógica propia, pero esto es posible solamente si existe una especial coherencia, que puede estar en desacuerdo con varias formas de ver el mundo, pero que explica y justifica la obra poética dentro de sus propios parámetros. De acuerdo que se presentarán varias circunstancias (“coyunturas” dicen los entendidos) que condicionen la creación poética. Los tópicos del tiempo y del espacio en que se escribe. Pero si la poesía tiene musicalidad: dodecafónica, percusiva, la que sea; si tiene ritmo, cualquiera que sea; si tiene una interesante disposición de las palabras y, sobre todo, contenidos conceptuales serios, estos aspectos sensibles se impondrán en los lectores. La obra será aceptada por unos y rechazada por otros porque, a

pesar de un posible rechazo conceptual, habrá habido comunicación. Otra es la actitud de la gente cuando le llega una cosa estúpida: no le hace caso.

–Hablaste como un libro– dijo Shan Shaks.

–Como un libro de cocina. Volviendo al asunto– continuó Marco, –hay diferentes clases de lectores que valorarán de diferente manera un texto poético.

–No dices nada nuevo.

–No te impacientes, Jacobo. Decía que en la poesía son fundamentales la forma y el fondo, a diferencia de los textos de matemáticas en donde solamente importa el contenido. Los poetas tienen que tratar con una difícil materia expresiva y tienen que renovarla, si pueden. Pero deben tomar en cuenta las valoraciones estéticas, ideológicas de los lectores para reforzarlas o atacarlas. La poesía es una forma de comunicación social y un poeta con talento puede formar al público.

–¡Abajo los malditos teorizantes!– cortó irritado Duloc. –Sigue jodiendo y te cambio el nombre a Marco Teórico.

–Expreso mi más sentidas excusas. Es que me entusiasmé.

–Ego te absolvo– dijo solemne Duloc.

–Se llevan bien entre ustedes– comenté, un poco al margen.

–Estamos del mismo lado– afirmó Marco.

–Entonces no te gustan los poetas actuales– retomó el tema Duloc.

–Con el dolor del alma, debo decir que no– respondí yo.

–Son hombres sin magia ni misterio.

–Afirmativo.

–Aburridos.

–Totalmente.

–Pero algo querrán decir, hombre, algo será rescatable.

–Nada– intervino Marco. –Es la vanidad más puta la que les impulsa a publicar sus mamarrachadas. Aprenden la jerga poética de moda y la imitan sin saber lo que hacen.

–¡Hey!– exclamó Duloc. –Ese tono de resentimiento no te había conocido.

–Es que da rabia, Jacobo. Lo único que parece interesarles es la consagración.

–Te cogí, Bautista. Deberías morirte de vergüenza: ofenderte gratuitamente, hacerte mala sangre sólo porque unos cuantos pendejos escriben cosas que no te gustan.

–¡Hazme el favor, Jacobo! Hagamos una prueba: muéstrame cualquier libro de poesía publicado en estos últimos tiempos.

–¡Qué cerrado el hijueputa! Marco, me vas a hacer que eres un fanático. No es posible que seas tan tajante. Habrá tipos valiosos.

–Dame un libro.

Duloc buscó en su biblioteca lo pedido. Tomó un volumen y se lo dio a Marco quien después de revisarlo leyó un poema.

–Eso es trampa– reclamó Shan Shaks. –Lee otro. Escoges deliberadamente el más ridículo.

–Tú me desafiaste.

–Soy íntegramente de la opinión de Marco– intervine.

–¡Qué maravilla! El poeta comerciante también opina.

–Perdone, Shan Shaks, no tengo ninguna autoridad, pero yo le apuesto que en este instante le hago un poema como el que leyó Marquito.

–Perfecto: en este instante.

A toda prisa cogí un papel y escribí:

la rata

ya reta

a rita

quien rota

sin ruta

qué lío, gran puta.

Es verdad que no me esperaba la salva de aplausos que recibí de los dos.

–¡Bravo!

–Eres genial, Negro.

–Y ahí va otra:

mi raza

si reza

da risa

la rosa

es rusa.

qué poco me exijo, carambas.

–No podías haberlo hecho mejor, Negrito– me elogió Marco fuera de sí. –A este poema incluso podemos extraerle su mensaje, la connotación ideológica.

–¿Ah sí?

–Por supuesto. Analicémoslo: “mi raza / si reza / da risa” es una directa alusión a lo dicho por Marx: “la religión es el opio de los pueblos”, por lo tanto se critican las oprobiosas formas de alienación religiosa que existen en nuestro medio. Y la parte final: “la rosa / es rusa”, da a entender que la mejor posibilidad de redimirnos, simbolizada por la rosa, está en una acción revolucionaria apoyada por los soviéticos.

Confieso que me sorprendió sobremanera el ingenio y la sagacidad de Marco que sacaba tan impresionantes conclusiones en donde ni siquiera yo, como autor, las hubiera encontrado.

Duloc tuvo que retractarse y afirmó, en tono categórico que estaba totalmente de acuerdo con nosotros: –Esto es fantástico. Sigán, sigán.

–En ese estilo se pueden fabricar poemas por toneladas. Lo malo es que a nadie le interesa y es por esto que, en lo que a mi negocio concierne, no serán tomados en cuenta.

–Y haces bien, Laureano– me apoyó Marco.

–Claro que hago bien. Por ejemplo qué sentido tiene algo que diga:

Aquí estoy
cazado como el ave por las balas
extendiendo mis alas
rotas
desgarradas
al frío cielo lácteo de los Andes.

»O algo como:

Me llena la sal de la arenas
caracola soy, enardecida por las aguas
alcaraván de viento y primavera
espuria espuma de meandros escondidos.

»No dicen nada y se hacen en un abrir y cerrar de ojos.

–Mil veces cierto– apuntó Marco.

–¿Por qué no intenta hacerlos usted mismo, Jacobo?

–Veamos, veamos. ¿Puedo hacerlo a la manera de Juan Carbo Gual, quinto en el ranking nacional de la inteligencia?

–Está en su derecho.

–En los picos de la águilas va aterrada la palabra

Apolo yace

dios ciego

sin musas

sin armas

en el campo de batalla.

Vuelve conocimiento

desaparece irrazón...

Marco y yo protestamos.

–No vale, Jacobo. Tienes que ser más veloz. Tiene que salirte enseguida sin que te detengas a pensar.

–Les prometo que en éste no me demoro:

Yo vengo a cantarte

hombre de honda miseria

y traigo entre mis versos un grito

de guerra

combate

emoción.

Cambia el granizo de tus lágrimas

responde con odio al tirano.

Filuda canción de la mañana

estremecimiento compacto del latido.

Borremos el sol con las manos

giremos, creciendo, la vida

salientes, perjuros, bastardos

goteando chacaes sin rumbo.

»Tienen razón: son facilísimos de hacer.

–Eso estuvo mejor– aprobó Marco. –Ahora oigan este maravilloso ejemplo de poesía sintética: Te crecían cardos en el ano cuando hablabas. Y este otro, onírico como el que más:

Centauro agotado por la mitra

da de beber néctar a las conchas

que nosotros (yo y ellos) en el carro de bruma

soltaremos la desidia del abismo.

–Y ahora vamos a la poesía de vanguardia revolucionaria.
–¡Lenin nos proteja! Ya es suficiente– se interpuso Duloc.
–No, no y no– negó Marco. –Me van a oír.
–¡Voto al chápiro! Ni siquiera soporto los panfletos, y eso que son más expeditivos y concretos.
–Un poemita– rogó Marco.
–Prohibido. Ni una palabra más.

Todos aceptamos de buen grado la prohibición y preferimos salir, por sugerencia de Duloc, a pasear por la bella ciudad de Quito que es, entre otras envidiables cosas: “patrimonio cultural de la humanidad“.

* * *

Con enorme entusiasmo inicié el largo y laborioso proceso de montar mi empresa.

Acudí a las instituciones de crédito estatales, que están obligadas a prestar ayuda a las personas de empuje como yo, pero sus directivos, en una demostración de franco desprecio por la cultura, rechazaron de plano mis solicitudes.

Tuve que solicitar un préstamo en un banco privado, para gran desasosiego mío, aduciendo que el dinero lo iba a invertir en la compra de bienes raíces. Así me lo aconsejó un querido pariente, Santiago Valbuena, quien además, gentilmente, aceptó ser mi aval o garante solidario.

Hasta ese punto, pese a algunas dificultades secundarias, las cosas marcharon sobre rieles, pero luego... el peso del mundo me aplastó. ¡Qué calvario!

Para conseguir en arrendamiento una oficina, una oficinita miserable, los propietarios de los edificios o de los pisos exigían exorbitantes cantidades de dinero como depósito para prevenir, decían, cualquier eventualidad.

En vano busqué durante muchos días hasta que finalmente, tras dura brega, conseguí arrendar un modesto cuarto en una antigua casa de la calle Venezuela.

Eso fue sólo el comienzo. Para conseguir una línea telefónica ¿qué empresa que se respete no tiene teléfono? tuve que gastar una

considerable parte del capital prestado para pagarle al despreciable y vil ser que, aprovechándose de mi necesidad, me la vendió en alto precio.

Compré un escritorio, media docena de sillas, un estante para libros, algunos libros, un pequeño archivador y algunos miles de hojas de papel. Gasté casi todo el dinero. Menos mal que no necesitaba pedir la mente a nadie: esa era mi gran reserva.

Fui de desengaño en desengaño. Gran consternación me causó enterarme de la tarifas impuestas por los diarios para anunciar. Tuve que contentarme con poner una brevísimo anuncio perdido en la inextricable maraña de los AVISOS CLASIFICADOS porque con la irrisoria suma de dinero con la que me quedé no me alcanzaba para más.

Cuando todo estuvo preparado esperé la llegada de los clientes. Es doloroso admitir que ni una sola persona, ni un curioso fue a verme. Fue entonces que decidí tomar una heroica resolución: “Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña”. O al revés, no estoy seguro.

Recorrí Quito de norte a sur, de este a oeste ofreciendo mis servicios. Dejé mis tarjetas en comercios, fábricas, ministerios, colegios, pero apenas conseguí algo más de una docena de pedidos.

Es admirable que en una ciudad tan grande como ésta la gente sea tan insensible al arte. Aunque no puedo alegar ignorancia: Marco me lo advirtió.

Más complicado todavía fue que las personas con quienes logré hacer contratos cancelaran lo que debían. Regatearon fuertemente conmigo poniendo los pretextos más inverosímiles. No faltaron clientes que, unilateralmente, dieron por terminada nuestra relación comercial.

El único caballero digno, y lo nombro porque le guardo enorme reconocimiento, fue el Vicerrector del Colegio 6 de Enero, licenciado René Machuca Bustos quien luego de leer el himno compuesto para el colegio, ensalzó mi trabajo, estrechó mi mano y me extendió un cheque por la cantidad exacta que habíamos acordado.

Como si mis desgracias no fueran nunca a terminar comencé a recibir ataques y bromas despiadadas de los envidiosos. Me llamaban por teléfono para concertar una entrevista de negocios y me de-

jaban esperando en la oficina horas y horas. Y como si eso fuera poco un colaborador de diario El Trueque escribió, en la sección dedicada a cultura y cocina, un artículo infamante que no sólo denigraba mi trabajo sino que me vejaba de la forma más indigna.

Luego supe por Marco que él y su amigo Jacobo, en su afán por ayudarme, habían exaltado mi actividad en una serie de reuniones de corte cultural.

Marco además había expuesto los puntos de vista que abordamos en la conversación que narré anteriormente. Algunos de los presentes, obviamente heridos en su amor propio, tuvieron la bajeza de agredirlo, incluso a golpes. Marco contaba entre risueño y rabioso la peripecia.

Menos mal que nadie se metió con Jacobo pese a que él, con su habitual malicia, había provocado varias veces a los poetas escribiendo versos en papelitos y leyéndoselos a cada momento. Cosas como: A la orilla del tiempo / sacarás las golondrinas a descanso; Piel de mineral / en tu nombre brillan los cocuyos; Graznido de la nieve en el traspatio / invoquemos las saetas de la alegría.

Mi derrumbe financiero y por poco moral fue inevitable. Me dediqué al alcohol, bohemio sin derecho a la vida.

Olvidé la oficina y mis grandes proyectos y me abandoné cual nave al gareté.

¡Qué dura es la vida! ¡Qué calvario!

Para mayor escarnio los miembros del grupo La cobija del verano me ridiculizaron sin compasión tildándome de bufón de la oligarquía, payaso ridículo, escribiente inescrupuloso. Insultaron el honor de mi familia: “hideputa” me decían los malvados arrinconándome en las calles.

Yo sé que mi madre nunca se casó y que ninguno de mis hermanos lleva el mismo apellido, pero esta no es razón para tratar de p... a una abnegada mujer.

Marco tuvo un largo enfrentamiento con aquellos poetastros que se decían iconoclastas y sin embargo afirmaban que la poesía es sagrada y no puede ser corrompida por intereses mercantiles de un lacayo de los opresores.

Marco me defendió a capa y espada afirmando que yo no servía a los intereses de nadie, que era un hombre libre, que hacía un señalado servicio a la sociedad, pero no pudo contra la arremetida de esos salvajes. Es de anotar que los integrantes de La cobija del verano antes integraron otro grupo de triste recordación: Los jíbaros.

¿A qué tanto revuelo? Vivan y dejen vivir, señores vates. Sus burlas y su boicot no podrán con mi férreo temple. ¡Jamás me doblegarán!

Estas líneas las escribo desde la provincia de El Oro en donde estoy trabajando como guardián en una camaronera. Es un humilde oficio, lo sé, pero no saben con qué dignidad lo cumplo. El trabajo no es afrenta.

Está claro que tuve que huir (este verbo me lacera el alma) porque no pude cumplir con mis obligaciones financieras. Avergonzado estoy por esta circunstancia del todo ajena a mi voluntad.

Pero yo volveré a Quito. ¡Tiemblen las quijadas de los turbios inquisidores! ¡Ya verán la justicia del réprobo!

¡Ay de ustedes, poetas insulsos! ¡Ay de ti, Juan Carbo Gual!
¡Ay de ti, Quico Ponte! ¡Ay de ti, Marco Anterio Romo!

¡Volveré! Ya verán. Y los aplastaré con el peso de mi pluma.
¿O sería lo correcto decir: “con mi máquina de escribir”?

LAS CONSPIRADORAS

Por la solitaria avenida, que tiene un aspecto agreste, camina con paso rápido una figura encorvada.

Hace mucho frío, es muy temprano, pero Clara Garibaldi parece no sentirlo: le obsesiona la idea de que tiene que reunirse, con suma urgencia, con sus compañeras de lucha que la esperan.

Epifanía Cardoso revisa unos panfletos con disgusto: los textos son apenas legibles y las fotografías están borrosas.

Rosaura Pacheco, con aire misterioso, observa el camino. El amanecer es bello pero esto no parece importarles a las conspiradoras que entran y salen de un cuarto estrecho y lóbrego que parece una celda.

Por fin Clara Garibaldi llega. Epifanía Cardoso la mira indignada, aunque el hecho de llegar tarde no es lo único que le molesta de Clara.

Sin perder un instante retoman la conversación del día anterior, que es la misma larga conversación que sostienen siempre.

A contraluz se ven sus siluetas extremistas: esqueléticamente delgadas o deformemente obesas. Al fondo es posible apreciar el barranco que divide la ciudad alta de la ciudad baja.

Toman un a extraordinaria cantidad de café y fuman una infinidad de cigarrillos, que les dan ese olor peculiar que tienen: un olor ácido y pungente.

Minuciosamente deciden las estrategias a seguir de acuerdo con el único conocimiento científico y la única metodología correcta.

Los temas se discuten a viva voz, pero cuando se tratan temas confidenciales, se miran las caras, cómplices, y hablan en voz baja, conspirativa...

Sus planes son cuidadosamente elaborados; sus quejas perfectamente justas. Sugieren las reformas y los cambios radicales que deben hacerse inmediatamente en el país, y por último imaginan, con éxtasis casi místico, lo que sobrevendría si cayera el gobierno y triunfaran sus tesis.

Apenas si se dan tiempo para almorzar. La mayoría come apenas un bocadillo y vuelven a la carga hasta terminar, muchas horas más tarde, con su imprescindible conciliábulo.

Quedan agotadas, con dolor de cabeza. Regresan a sus casas, prometiendo volver y discutir lo que falta de discutir y así conseguir lo que quieren, que es lo que deben querer los pobres, los marginados, los alienados.

Clara Garibaldi regresa por la avenida que ya es nocturna. Va absorta en sus pensamientos. Piensa entusiasmada que el sábado tendrán una reunión que será diferente de las demás. Por supuesto se discutirán los graves problemas que agobian al pueblo. Lo interesante es que probablemente vayan personas nuevas. Se beberá, se bailará. Acaso se inicie un tórrido romance que escandalice a la gente estúpidamente prejuiciada que todavía queda, pero no, lo importante es la acción renovadora que libere al pueblo de sus cadenas. Los placeres vendrán a su tiempo.

El domingo será un día ocupado. Mientras la mayoría de la gente descansa, ellos, con los estragos de la fiesta a cuestras, se reunirán con los dirigentes de una comuna campesina para seguir con su infatigable labor combativa en pro de un futuro mejor para la humanidad.

Con seguridad que, entre pausa y pausa, se darán modos para comentar la fiesta del día anterior. Serán interpretadas las intenciones de cada uno de los invitados: la paradójal sutileza de los maricones asistentes; la genialidad y la precisión del ideólogo que las dirige; la decisión del puñado de muchachos redimidos por su acción de brindar conciencia a los oprimidos.

Clara entra a la enorme y vacía casa en la que vive. Percibe los fantasmales cirios fosforescentes que adornan y alumbran una imagen sagrada entronizada en el dintel y siente el horrible remezón de la soledad.

Llega a su cuarto en el que la espera su única compañía masculina: un gato.

Se desviste lentamente, deja los anteojos en el velador y toma una píldoras para dormir. Observa el ambiente severo de su habitación, advirtiendo que todo esté en orden y se acuesta para dormir sin soñar.

LA MUSA ME INSPIRÓ ESTA TARDE

omnia vincit amor

Anselmo dejó que sus ojos anduvieran, castos y puros, por el límpido rostro de Amelia: la digna muchacha ruborizóse, como correspondía a una gentil damita.

Hallábase Amelia sentada en un exquisito sillón de mimbre, elaborado por algún hábil artesano que había logrado dignificar el trabajo hasta convertirlo en arte. ¡Qué duda cabe!

Ceñía el cuerpo de la bella un hermosísimo vestido de fina tela de terciopelo engalanado de encajes que realzaba la ya intrínseca donosura de quien lo usaba.

Visión maravillosa, pensó Anselmo, que bien podría ser considerada la creación de un soplo angélico. Debo de acercarme a ella y presentarle mis humildísimos respetos.

Anselmo, a la sazón veinte y cinco años, distinguido, de familia de noble alcurnia, por cierto, levantóse gallardamente y dirigióse a su tío, el admirable señor doctor don Cerbelión Azcuénaga y Velástegui y en estos términos habló:

“Tío querido, heme aquí en esta bella mansión, invitado a tan espiritual como gratísima reunión como ésta, en donde celébrase un trascendente acontecimiento que llama a la familiar y amistosa comunión: el onomástico, fecha por fuerza de derecho y singular placer recordada, el onomástico, repito, de una dilecta amiga: la sin

par señora Doña Rosita Castellanos y Peralba de Vizcaíno y Vasconcelos. Rogando que dispense mi interrupción a la, seguramente importante, reflexión en la que hallábase sumido, solicito de Vd. caballero, cristiano ahíto de experiencias, hombre de edad provecta y por lo tanto respetado por sus canas y por sus actos, que se digne hacer de gentil y excelso intermediario para que me sea presentada aquella dama sentada en aquel sillón, que más que sillón es un trono; aquella dama, a quien sin conocerla, habiéndola visto por vez primera, ha trastornado por entero mi corazón”.

Irguióse el digno tío y con estentórea voz dijo: “Caro sobrino, amigo joven, pariente que ha sabido llevar el nombre de sus mayores con distinguida altura, lo que pides rebosa de juveniles ánimos, de arrestos admirables y es justo. Por tanto cumpliré la dulce embajada que me impones depositando tu tierno y galante saludo a los pies de quien es objeto de tus ímpetus de varón vertical”. Y enarbolando su tallado bastón de nogal francés, a guisa de heroico sable, encaminóse al centro de la reunión.

Con grandilocuente verbo, el ínclito don Cerbelión cumplió lo a él encomendado. Para Anselmo fue como si las trompetas de los ángeles anunciaran la ascensión...

* * *

Cumplidos los requisitos que imponen la civilización y la humana convivencia, dignas costumbres, un mes después de aquel imborrable día en el cual Amelia y Anselmo se conocieron, se consagró un compromiso bello y serio: el intercambio de aros, alianza sublime entre dos estirpes de reconocido linaje. Solemne fue, y grandiosa, la promesa jurada por aquellos dos, que desde que se conocieron, palpitaban al unísono y los cobijaba la misma cálida pasión.

Inolvidables serían los días del noviazgo. Días para el más preciado recuerdo, cual si fuera un intangible tesoro de las criaturas humanas, obras excelsas del Creador.

* * *

¡El día ha llegado! ¡Entónense cánticos! ¡Floten en el aire esencias de azahares! ¡Anuncien las campanas con su repicar la alegría, el júbilo y el esplendor! El día ha llegado: ¡Dios sea loado!

La basílica está llena. Los dignos invitados se aprestan a contemplar la magnificencia de unos esponsales que serán largo tiempo recordados por su distinción y galanura.

Las naves de la Casa de Dios están más bellas que nunca. Hermosos adornos, cintas blancas y guirnaldas rutilan a la luz que atraviesa los vitrales. Los altares de los santos, alumbrados dignamente por candelabros altos y dorados, resplandecen.

¡La boda! ¡La boda! Albricias. Sea aclamado este nobilísimo sacramento.

La novia entra, divinizada por el Amor, del brazo de su orgullosísimo progenitor. Flores de sutiles perfumes son lanzados a aquella lírica flor entre las flores.

Entra el novio. Porte elegante, paso decidido, alegría matizada de gravedad se advierte en su varonil semblante.

Están frente al Altar Mayor. Los coros, piadosos, entonan la Marcha Nupcial. El órgano de la basílica, traído de Viena, resuena profundo.

¡Maravilla! ¡Portento! ¿Habrà mejor experiencia en la vida que ésta? El sacerdote bendiciéndolos; los padres acompañándolos; los invitados, atentos a la más sublime ceremonia cual es la unión de dos almas cristianas. ¿Cabe mayor felicidad?

La liturgia es cumplida a cabalidad por el virtuosísimo Obispo. Monaguillos oportunos le auxilian en su Santo Ministerio.

¡El beso!

La más pura prueba de amor es ofrendada por los novios que con ello comprometen su eterna fidelidad.

Dios los ha unido. Todo sea felicidad para los contrayentes.

¡Sed virtuosos! ¡Disfrutad del don maravilloso de la vida!
¡Respetaos por siempre jamás!

FINAL FELIZ

ÍNDICE

UNO

EL SOLITARIO	13
HALLAZGO E INTERPRETACIÓN	15
AQUÍ SOY FELIZ	18
LOS EXTRANJEROS	21
EL ANÓNIMO	23
AGONÍA Y DESPUÉS	25

DOS

FAMA	31
LA AMANTE IDEAL	35
MAGNANIMIDAD	41
IMPULSO FATAL	57
EL BEBEDIZO	63
EL TRIÁNGULO DE EUCLIDES	70

TRES

INFIDENCIA	99
LA GRAN EMPRESA	106
LAS CONSPIRADORAS	127
LA MUSA ME INSPIRÓ ESTA TARDE	130